
HEREDÓ UN MUNDO.
GEORGE H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

# HEREDÓ UN MUNDO

George H. White

# HEREDÓ UN MUNDO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

# PERSONAJES

Archer (Martín). Piloto.
Aronson. Meteorólogo
Aronson (señora de). Esposa del anterior.
Clancey (Vernon). Físico nuclear.
Custer (Christina). Secretaria de Dening.
Carrizo (Luis). Vaquero mejicano.
Dening (Arthur). Astrofísico.
Dodson (Robert). Piloto.
Glenbrook. Ingeniero radar.
Hagerman. Bioquímico.
Hernández (Domingo). Vaquero mejicano.
Harlow (Anthony). Profesor.
Harlow (miss Mildred). Hija del anterior.
Lodge (Rudyard). Ayudante del profesor Harlow.
Mills (Tony). Vagabundo.
McDermit. Ingeniero electricista.
McAllister. Ingeniero mecánico.
Martindale. Capataz.
Ramírez (José). Vaquero mejicano.
Raymer (Erle). Sobrino de mister Peace.
Peace (Williams). Archimillonario americano.
Watson (John). Ayuda de cámara de mister Peace.
Whitney. Capitán mutilado.
Whitney (mistress). Joven esposa del capitán.
Roswell. Antropólogo.
Vargas (Vicente). Vaquero mejicano.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA

# CAPÍTULO PRIMERO




El otoño había llegado a Nueva York. Los árboles de Central Park se desprendían de sus hojas amarillentas y al caer al suelo eran arrastradas por un airecillo sutilmente frío que las arremolinaba en ciertos lugares del paseo.

—Ésta —dijo Tony Mills— es la época en que suelo emprender mi viaje hacia el sur.

Erle Raymer aguantó su risa mientras se volvía a mirar a su compañero.

Nadie diría por el aspecto de Tony Mills que podía permitirse el lujo de invernar en las cálidas costas de Florida, Texas o Nueva Orleáns. Pero en realidad, la periódica emigración de Tony hacia las tierras más templadas del

sur no era un lujo, sino una necesidad.

—Nueva York es la peor ciudad del mundo para los vagabundos como nosotros —aseguró Tony Mills—. Aquí el invierno es muy crudo. Además, la Policía no le deja vivir a uno.

—A mí me parece que la Policía no le deja vivir a uno en ninguna parte de este maldito país —refunfuñó Erle cabalgando una pierna sobre la otra para embutir el extremo del calcetín por la puntera del zapato, abierto como las fauces de un hambriento caimán.

Ambos representaban al tipo genuino de vagabundo, hombres curados de toda ambición, satisfechos con su suerte, sin problemas ni preocupaciones. Sentados en el banco del paseo eran como seres extraños al ruido, el ajetreo y los afanes de la gigantesca ciudad. Vestían desaseadamente con ropas viejas y sucias, sombreros deformados y zapatos agujereados.

Sin embargo y pese a la semejanza del atuendo y el aspecto desaliñado de sus personas, se advertía al punto una notable diferencia entrambos.

Erle era joven, alto, fuerte, de ademanes breves y elegantes. Tenía el cabello negro, bronco y ondulado. Sus pupilas verdes, inteligentes y penetrantes, contrastaban con lo atezado de su piel y la blancura deslumbrante de una dentadura fuerte e igual.

Tony Mills era mucho más viejo. Era pequeño, delgado y arrugado. Tenía la barba blanca, entrecana la pelambrera del cogote y cejas rubias pobladas e hirsutas sobre unos ojillos azules, húmedos y picarescos. Le faltaban los dientes, razón por la cual tenía hundida la boca, y tendientes a encontrarse la nariz aguileña y la barbilla afilada. Era, en suma, lo que pudiera llamarse un vagabundo profesional.

Cómo habían llegado a juntarse un par de tipos tan dispares era cosa que seguramente sólo ellos podrían explicar. De cualquier forma parecían bien avenidos.

—¿Has estado alguna vez por el sur? —preguntó Mills estirando las piernas con las manos en los bolsillos del pantalón.

Una ráfaga de viento trajo a rastras y pegó contra las piernas de Mills una hoja de periódico. El vagabundo sacó perezosamente las manos de los bolsillos y se inclinó para apresar el papel.

—Una hoja de anuncios —murmuró—. Veamos qué dice.

—¿Para qué? —preguntó Erle mientras doblaba el calcetín debajo de los dedos de su pie—. ¿No habrás pensado buscar algún empleo, verdad?

—No. Pero uno sólo llega a formarse una idea cabal de las fatigas que ha eludido después de leer la columna donde se citan las ocupaciones que podría haber tomado. Veamos... «se necesita muchacho para recados».

—¿Eres un muchacho, Tony? —preguntó Erle amagando un bostezo.

—Aquí hay un anuncio muy llamativo —prosiguió Mills sin hacer caso de la interrupción de su compañero. Y leyó—. «Se advierte al señor Erle Raymer Peace que si desea entrar en posesión de la herencia que le lega su tío

Williams deberá presentarse en...»

—¿Cómo? —gritó Erle saltando en pie de un brinco. Y arrancó de un zarpazo el periódico de las manos de su compañero diciendo—: ¡Trae acá!

—¿Tú no serás Erle Raymer, verdad? —preguntó Mills frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué no? —refunfuñó el joven y leyó apresuradamente y en voz alta—: «Se advierte al señor Erle Raymer Peace que si desea entrar en posesión de la herencia que le lega su tío Williams deberá presentarse en la hacienda que éste posee en Elephant Butte (Nuevo Méjico) antes del primero de diciembre del corriente año. La no comparecencia del interesado equivaldrá a la pérdida de todos sus derechos...»

Tony Mills, que seguía atentamente la expresión del rostro de su amigo, le vio palidecer.

—¿Así que te llamas Erle Raymer, y no Erle Raymond como decías? —preguntó.

El joven asintió con la cabeza y murmuró:

—¡Pobre tío Willie! Espero que no le haya ocurrido nada malo.

—Nunca hablaste de ese tío tuyo —dijo Mills. Y a continuación farfulló—: Bueno, en realidad nunca me has contado nada referente a tu pasado. ¿Vale la pena ir a recoger esa herencia?

—¿Cómo? —murmuró Erle distraído en sus pensamientos. Y exclamó—. ¡Ah, la herencia! No pensaba ahora en eso, sino en tío Willie. ¿Habrá muerto? Sí, la herencia, si es que me la lega a mí, bien vale la pena de ir a recogerla. Nadie sabe en certeza el dinero que tenía tío Willie aunque se le calculaba alrededor de cincuenta millones de dólares.

La acusada nuez de Tony Mills saltó hacia la garganta y se quedó temblando allí unos instantes, en tanto los ojillos del viejo se abrían de par en par, llegando a tener el doble de su tamaño corriente.

—Cincuenta... mi... millones de... ¡de dólares! —exclamó con voz aguda. Y quedó como anonadado, con la cabeza echada atrás y los ojos en blanco clavados en el cielo.

—Tío Willie era hermano de mamá —explicó Erle—. Cuando el abuelo murió y se dividió su heredad, tío Willie compró a mi madre su parte en la gran hacienda de Texas. Nosotros nos fuimos a Nuevo Méjico, donde mi padre tenía un pequeño rancho que amplió con la dote de mamá. Los años fueron malos, o mi padre no era apto para dirigir un rancho, que es lo que dice tío Willie. También dice tío Willie que mi padre era dado a la vagancia... cualidad que parece he heredado yo...

Tony Mills irguió la cabeza para mirar a Erle. Éste tomó asiento en el banco, miró el periódico y prosiguió:

—Mientras nosotros íbamos de mal en peor, todo le salía bien a tío Willie. No ha sido sólo cuestión de suerte que amasara tan enorme fortuna, lo reconozco. Sin embargo no le favoreció poco que su hacienda fuera un lago de petróleo bajo tierra. El hallazgo de petróleo en las tierras de la familia casi

volvió loco a mi padre... siempre estaba diciendo que tenía mala suerte, y la forma estúpida en que cedió aquel manantial de oro para comprar polvo y cactos en Nuevo Méjico acabó por desanimarle.

—No me extraña —murmuró Mills—. La verdad es que tenía motivos para pegarse un tiro.

—Papá nunca había sido un gran luchador —continuó Erle—. Siempre se inclinaba por las soluciones más fáciles, y la solución más fácil en aquellas circunstancias era acudir a tío Willie con préstamos que nunca podía devolver. Mamá y papá siempre estaban discutiendo por esta cuestión. Mamá contrajo una enfermedad larga y penosa. Tío Willie vino a Elephant Butte, tuvo una agarrada tremenda con papá y volvió a Texas llevándonos a mi madre y a mí consigo.

—¿Pero tío Willie... no se casó ni tuvo hijos? —preguntó Mills con curiosidad.

—No. Y siempre se servía de esta circunstancia para animar a mamá. «No te preocupes por el chico», le decía a cada paso. «Todo lo mío ha de ser para él». Y, en efecto, cuando mamá murió poco después se encargó de mi educación llevándome a estudiar a los mejores colegios.

—¿Y de tu padre, qué? —preguntó el vagabundo.

—Para que no pudiera enajenar las tierras, tío Willie le puso pleito reclamando el cobro de todo lo que le debíamos. La hacienda de Nuevo Méjico pasó así a poder suyo. Mi padre vendió lo poco que quedaba y desapareció. No volvimos a saber de él hasta mucho más tarde. Cayó como un héroe en Iwo Jima cuando era sargento del cuerpo de Infantería de Marina. Le concedieron la medalla del Congreso. Fue mucho más valiente para enfrentarse con la muerte que para hacer frente a la vida.

Erle se interrumpió mirando a un punto impreciso más allá de la copa de los árboles, como evocando la figura de aquel progenitor hacia el que no debía haber sentido un gran afecto. Luego volvió a mirar el periódico que tenía sobre las rodillas y prosiguió:

—Yo estudiaba por entonces para ingeniero de minas. Tío Willie quería hacer de mí un competente director de la Compañía de petróleo que lleva su nombre. Pero a mí el estudio me tiraba poco. Es posible que en esto me parezca algo a mi padre, aunque sería más justo decir que me parezco a tío Willie. Tampoco él estudió, al fin y al cabo. Toda su vida fue la de un incorregible soñador, sólo que tenía una voluntad de hierro para llevar adelante sus sueños y hacerlos realidad. Era el campeón de los proyectos más audaces y arriesgados y obraba siempre según su voluntad, inspirado por una especie de sexto sentido que le hacía rematar con éxito lo que nadie se hubiera atrevido a hacer por miedo a un desastre. Vivía en la mayor sobriedad, se mataba por diez centavos, y luego arriesgaba de golpe toda su fortuna en un presentimiento.

—No debía andar muy bien de la cabeza —murmuró Tony Mills atornillándose la sien con el índice.

—Hace un par de años se propuso invertir todo su dinero en la compra de una isla del Pacífico. Es la primera vez que le he visto desistir de un proyecto, y todavía no me explico por qué lo hizo.

—¿Para qué demonios quería él una isla? —preguntó Mills abriendo unos ojos como platos.

Erle Raymer sonrió.

—Tío Willie nació alrededor de cinco siglos retrasados a los hombres de su época. De haber vivido en los tiempos de Cristóbal Colón, tío Willie se hubiera anticipado a éste en el descubrimiento de América. Hubiera colonizado por su propia cuenta estas tierras y con toda probabilidad se habría hecho nombrar emperador absoluto de ellas. Poco más o menos eso era lo que pretendía hacer con su isla del Pacífico; reinar en ella de un modo absoluto sobre las gentes que hubieran aceptado irse a vivir a ella. Pero tío Willie hubiera sido sólo un pequeño rey, y por lo tanto un rey desgraciado. Puede que fuera eso lo que le hizo desistir de adquirirla. Tío Willie no admite competencia de nadie. No la hubiera admitido del rey de Inglaterra, por ejemplo, y su reinado en estas circunstancias no hubiera sido muy feliz.

—Si tu tío era así debía resultar muy difícil vivir a su lado —apuntó Tony Mills.

Erle asintió.

—Sí, lo era especialmente para mí, porque también a mí me habría gustado nacer en los tiempos en que un hombre podía conquistar un reinado a golpes de espada. Y como tampoco yo puedo tolerar imposiciones de nadie siempre me estaba peleando con tío Willie.

—¡Caramba! —exclamó Mills contemplando a su amigo con curiosidad—. Nadie diría que eres así. En el tiempo que llevamos juntos siempre te vi conformarte con lo poco a que puede aspirar un vagabundo.

—Mi estado actual es el que mejor cuadra a mi manera de ser —contestó Erle sombríamente—. Que me resigne a ser un vagabundo no quiere decir que no aspire a nada mejor en el mundo. Significa, en todo caso, que soy demasiado independiente para soportar que nadie me dé órdenes a mí. Ya intenté ganarme la vida trabajando después de reñir con tío Willie, pero fue inútil. Nunca pude retener una ocupación más de tres o cuatro días.

—¿Y te dedicaste a la vagancia?

—Sí. Prefiero no ser nada a ser una mediocridad en todo. No es mala vida la de vagabundo, al fin y al cabo. Nadie manda en mí. Voy donde me parece y hago lo que me da la gana.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? Por la forma en que está redactado este anuncio yo diría que tu tío no ha muerto, sino que quiere obligarte a regresar a su lado con la amenaza de desheredarte si no te presentas dentro del plazo fijado.

—¿A cómo estamos hoy?

—El periódico lleva fecha del cinco de noviembre —señaló Mills—. Debe ser de hoy, o los barrenderos lo hubieran recogido durante la mañana.

Nuevo Méjico está lejos así que no tienes tiempo que perder si deseas acudir a la cita dentro del plazo fijado.

Erle Raymer frunció el entrecejo mirando el periódico.

—Tienes razón —dijo—. Tío Willie no puede haber muerto. Su salud era de hierro y, de otro lado, es muy propio de él lanzar esta clase de ultimátum.

—Entonces, ¿vas a ir para hacer las paces con él?

—No existe la menor posibilidad de que se llegue a un armisticio entre tío Willie y yo —refunfuñó el joven vagabundo—. Los años le habrán hecho más insoportable, si eso es posible. Él esperaba verme regresar implorando su perdón. Tal vez tema que me haya ocurrido algún accidente... o que esté luchando voluntariamente en Corea como hizo papá durante la Segunda Guerra Mundial. Posiblemente sólo necesita saber que continuo vivo para sentirse tranquilo...

—Entonces es que te quiere...

—¡Toma, pues claro que me quiere! Y yo le quiero a él. Pero no iré. Puedo imaginar muy bien lo que pasaría. Al verme vivo y tan campante se enfurecería. Lanzaría otro de sus terribles ultimátum; «te doy cinco minutos de tiempo para retractarte de lo que dijiste hace dos años y pedirme perdón». —Erle sonrió con cierta añoranza y añadió—. Ahora bien; no hay nadie en el mundo capaz de hacerme tragar mis propias palabras. Volveríamos a reñir y... ¡No! Decididamente será mejor que no me acerque por allí.

—¡Pero hombre! —exclamó Mills indignado—. ¿Sabes acaso si el viejo no estará arrepentido y querrá darlo todo al olvido? Es un hecho probado que los viejos nos volvemos sentimentales. Al fin y al cabo tío Willie no tiene parientes más cercanos que tú. Aun suponiendo que esté en vida puede sentirse enfermo, o simplemente añorar tu compañía.

Erle Raymer dio muestras de vacilar. Su compañero le adivinó luchando entre su orgullo y el cariño que profesaba al tío Willie y quiso ayudarle diciendo:

—Después de todo íbamos a salir hacia el sur. ¿Qué importa que nos desviemos un poco hacia el oeste?

Erle Raymer consideró en silencio las palabras de su amigo. Podía apostarse a que el joven estaba deseando encontrar una excusa que le permitiera regresar a Elephant Butte sin violentar su terrible orgullo.

—Bueno —dijo como de mala gana haciendo una bola del periódico —. Podemos desviarnos hacia el oeste mientras vamos al sur y acercarnos allá para ver qué le ocurre a tío Willie.

Tony Mills sonrió con secreto regocijo. Unas horas más tarde, aquella misma noche, estaban viajando en un tren de mercancías en dirección al sur. Un montón de paja les servía de mullido lecho.

# CAPÍTULO II



os dos vagabundos andaban por el centro de la carretera, el paso rápido, el hatillo balanceándose al extremo de las varas que apoyaban sobre el hombro, el sombrero echado sobre la frente para preservar los ojos de los rayos del sol que descendía sobre el horizonte.

Al oír tras ellos el vociferante claxon del automóvil ambos se volvieron a un tiempo. Enseguida se apartaron a un lado de la carretera, se colocaron uno al lado del otro e hicieron señas con el pulgar en la dirección que llevaba el coche.

Vistos a través del parabrisas de la furgoneta «Chevrolet» la pareja andante ofrecía un aspecto curioso y cómico a la vez. El uno era viejo, rubio, pequeño y enclenque. El otro era joven, moreno, alto y fuerte.

—Son los vagabundos que vimos al ir hacia Engle —dijo sonriendo el tripulante masculino del automóvil.

Mildred Marlow asintió. Recordaba perfectamente a la simpática pareja de vagabundos, porque ya al cruzarse con ellos una hora antes habían llamado su atención y la de su compañero, Rudyard Lodge.

—Podemos llevarles hasta Elephant Butte —dijo Mildred retirando el pie del acelerador y pisando suavemente el freno.

La furgoneta, que llevaba buena velocidad, pasó ante la pareja envuelta en un chirrido de frenos y se detuvo unos pasos más allá. Rudyard Lodge sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Suban! Podemos llevarles hasta cerca de Elephant Butte.

—Precisamente vamos allí —contestó el más viejo de los vagabundos emprendiendo un animado trotecillo para alcanzar al automóvil.

Su compañero no demostró tanta prisa.

“Nació cansado”, pensó Mildred. “Éste no corre ni para salvar su alma.”

—Suban atrás —dijo Rudyard señalando el compartimiento posterior.

Los dos vagabundos se acomodaron allí y la furgoneta se puso en marcha.

—Nos ha fastidiado ese Erle Raymer no viniendo hoy tampoco —dijo

Lodge en voz alta.

—Quizás Clancey haya tenido más suerte que nosotros y le haya recogido en Consequence —contestó la muchacha—. Ese idiota Raymer pudo llegar también en el ómnibus de línea.

A espaldas de los dos jóvenes, el vagabundo más viejo lanzó una regocijada mirada sobre su compañero. Pero éste siguió contemplando impertérrito el paisaje que desfilaba rápidamente ante las ventanillas.

Este paisaje, ciertamente, ofrecía pocos atractivos al viajero. En todo cuanto alcanzaba la vista no se veía más que polvo, cactos y rocas calcinadas por el inclemente sol de Nuevo Méjico.

Un poco más adelante, sin embargo, el paisaje empezó a cambiar. El camino ascendía continuamente.

Los pasajeros se vieron serpenteando por un abra entre dos cordilleras que se abrían a derecha e izquierda. Luego, el «Chevrolet» se lanzó pendiente abajo. El horizonte se ensanchó y los pasajeros vieron un pueblo cerca de un lago.

Un poco más adelante, Mildred pisó los frenos para detener el automóvil frente a un poste indicador donde decía:

«Al Rancho Las Cruces, Camino particular. Prohibido el paso».

Rudyard Lodge se volvió hacia el asiento de atrás y dijo jovialmente a los vagabundos:

—Lo sentimos mucho, amigos. Pero nosotros no vamos más adelante. Elephant Butte es aquel caserío que se ve ahí cerca.

—¿Adónde van ustedes? —preguntó el más joven de los vagabundos.

Lodge señaló al cartel que se levantaba al filo de la carretera.

—Por ahí.

—Nosotros también. ¿Sería abusar demasiado de su amabilidad que, puesto nos han traído hasta aquí, nos llevaran hasta Las Cruces?

Lodge cruzó una mirada de disgusto con la muchacha y luego clavó sus ojos desconfiados en los dos vagabundos.

—¿Van ustedes al Rancho Las Cruces? —preguntó—. ¿Para qué?

—Nos están esperando allí —aseguró el joven vagabundo.

—¿Les espera? ¿Quién?

—Pues... todos, a lo que parece —repuso el vagabundo haciendo una mueca.

Rudyard, que era joven y fuerte, frunció el entrecejo. Su voz ya no era amable cuando dijo:

—Miren, amigos. No podemos perder más tiempo con ustedes. Nadie les espera en Las Cruces. Tenemos razones para saberlo, pues vivimos allí. Así que tengan la bondad de apearse y...

—Vamos, Erle —dijo el viejo abriendo la portezuela.

Los dos vagabundos se apearon con mucha dignidad.

—Asunto concluido —dijo Rudyard volviendo a acomodarse junto a la muchacha. Y mientras ésta ponía el coche en marcha y guiaba para meterlo

por el camino gruñó:

—Estos tipos todos son iguales. Les das la mano y te cogen por el brazo.

Mildred, que estaba mirando por el espejillo retrovisor, pisó bruscamente el freno. El coche se detuvo con una sacudida.

—¡Vienen tras nosotros! —exclamó la muchacha—. ¡Han tomado por este camino!

—Bueno. Si insisten en llegar al rancho tendrán lo suyo. Los mejicanos los espantarán a tiros.

—Espere... ¿No se llama Erle uno de ellos... el más joven?

—¿Erle...? ¡Erle! —exclamó Lodge, con sorpresa.

Los dos tripulantes del automóvil cruzaron una mirada de inteligencia.

—¡Demonio! —exclamó Lodge. Y sacando la cabeza por la ventanilla gritó a los vagabundos que se acercaban—. ¡Eh! ¿Se llama Erle uno de ustedes?

Esta vez fueron los vagabundos quienes cruzaron una mirada de inteligencia.

—Sí —dijo el más joven, llegando hasta el automóvil por el lado de Lodge—. Yo me llamo Erle.

—Erle... ¿qué más?

—Erle Raymer.

El pasajero masculino se quedó un momento paralizado por la sorpresa.

—¡Erle Raymer! —exclamó abriendo la portezuela y saltando a tierra —. ¡Pero si llevamos una semana yendo dos veces cada día a esperarle en la estación de Engle!

—Pues en Engle nos apeamos esta tarde... pero de un tren de mercancías.

Rudyard Lodge estudió con detalle las facciones del vagabundo.

—¡Cualquiera le reconoce bajo ese disfraz! —exclamó riendo—. Vamos, suban ustedes.

Los dos vagabundos volvieron con mucha dignidad al asiento posterior. Rudyard ocupó su sitio junto a la muchacha y cerró la portezuela de golpe diciendo alegremente:

—¡Adelante, miss Harlow!

El coche arrancó con brusquedad y se lanzó surgiendo por el camino. Al doblar una curva apareció a cierta distancia la mancha blanca de un caserío.

—Permítanos presentarnos, mister Raymer. Aquí la señorita Mildred Harlow, hija del profesor Harlow, de quien sin duda habrá oído hablar usted —dijo Lodge—. Mi nombre es Lodge... Rudyard Lodge. Soy ayudante del profesor Harlow.

—Bien —contestó Erle—. Éste es mi colega, mister Tony Mills.

—¿Colega? —murmuró Lodge mirando sorprendido de uno a otro

hombre.

—Sí. Es un vagabundo, como yo.

—¡Ah! —Rudyard Lodge se echó a reír—. Se ve que es usted hombre de buen humor, señor Raymer. ¡Mire que disfrazarse de vagabundo!

—Esto no es un disfraz, señor Lodge —contestó Erle secamente.

Lodge le miró entre incrédulo y estupefacto. Sin embargo no llegó a decir lo que pensaba. El automóvil se detenía ante una sólida verja de hierro que se abría bajo un arco, en un alto muro de piedra encalado.

«Rancho Las Cruces», indicaba un cartel que pendía del arco de la entrada de dos cadenillas.

Dos mejicanos de atezada piel, sombrero puntiagudo y pistola al cinto estaban abriendo la verja. Además de revólver llevaban rifles y una canana repleta de cartuchos que les cruzaba el pecho dándoles aspecto de bandidos.

El coche siguió adelante, rodó por una alameda asfaltada y se detuvo ante el cuerpo principal del rancho. Éste, como la inmensa mayoría de las haciendas de Nuevo Méjico, estaba construido al estilo español.

—Su tío está muy furioso, señor Raymer —dijo Lodge al saltar a tierra.

—Entonces es que se encuentra bien —contestó Erle. Y mirando a su alrededor preguntó—: ¿Qué ha ocurrido aquí?

Porque el rancho, aunque grande y rodeado de casas, estaba extrañamente silencioso y desierto.

Dos años atrás, cuando Erle riñó con tío Willie, «Las Cruces» se distinguía por la actividad, el bullicio y el color que reinaba en torno a la casa del «patrón».

Desde tiempos inmemoriales, aquel rancho estuvo siempre servido por vaqueros y peones mejicanos. Las costumbres que allí imperaban eran las mismas de la época de los colonizadores españoles. El patrón vivía en su casona rodeada de las casuchas de sus servidores.

Cada peón, al casarse, llevaba al rancho su familia y formaba un hogar. De padres a hijos los empleos en la labor propia de un rancho se sucedían de generación en generación.

Ahora, sin embargo, todo estaba mudo y solitario. Ni jinetes en el patio, ni mujeres en las ventanas, ni niños, ni perros... Hasta las flores de los tiestos que adornaban las rejas andaluzas se habían secado faltas de una mano femenina que las regara.

—¡Oiga! —gritó Erle Raymer deteniéndose y asiendo con fuerza el brazo de Lodge—. Encuentro muchas cosas raras aquí. No he visto ganado, no se han renovado los sembrados de alfalfa, han puesto una cerca nueva más alta y espesa, hay gente forastera y armada en la puerta y han desaparecido las familias de los peones.

—Es usted muy observador —dijo miss Harlow cáusticamente.

—Ignoro qué ha ocurrido aquí durante mi ausencia —dijo Erle volviéndose hacia ella—. Pero una cosa les advierto. ¡Ya pueden echar a

correr si algo malo le ha pasado a mi tío!

—El señor deduce de todo lo visto que una banda de «gangsters» se ha posesionado del rancho y tiene secuestrado a su tío —dijo irónicamente la joven mirando a Lodge.

—Si quiere que le diga la verdad, eso es precisamente lo que estoy pensando —contestó Erle secamente.

—¡Oh, sus temores son infundados! —exclamó Lodge echándose a reír—. Sígame, si quiere ver a su tío.

Las luces eléctricas ya estaban encendidas en la gran sala donde los vagabundos fueron introducidos. El desorden más espantoso reinaba en ella.

El piso de mosaico desaparecía bajo montones de paja, virutas y papel de embalar. Aquí y allá, en el suelo, sobre los muebles, formando pilas, se veía gran número de cajas de todo tamaño: de madera, de cartón, de hojalata o de plexiglás.

Algunas de estas cajas estaban abiertas y dejaban ver parte de su contenido envuelto en virutas. Otras estaban cerradas y algunas eran clavadas en aquellos instantes por media docena de hombres que vestían «monos» de mecánico.

—¡Señor Peace! —llamó mis Harlow en voz alta—. ¡Aquí está su sobrino!

Un par de hombres que estaba en el centro de la sala como sacando inventario del contenido de una caja, levantaron la cabeza y miraron en dirección a la puerta.

Uno de estos hombres era alto y delgado, llevaba gafas y ofrecía la particularidad de tener el cabello muy negro, aunque estaba casi completamente calvo. El otro no era tan alto, pero sí más vigoroso. Tenía el cabello rojo y rizado, canoso el poblado mostacho y la tez picada de viruela. Su cabeza, pequeña, sobre un cuello muy grueso, sus anchas espaldas y sus piernas cortas y arqueadas daban sensación de gran fuerza y extraordinaria vitalidad.

Este segundo personaje, en el que Erle se fijó especialmente, vestía como un vaquero y llevaba revólver colgando al cinto.

—Hola, tío —dijo Erle desde la puerta. El hombre de los cabellos rojos se quedó mirando atónito a la pareja de vagabundos. Luego se acercó lentamente al grupo, sin apartar los ojos de la empolvada cara de Erle.

Aunque se sentía bastante embarazado por la emoción, el joven aguantó impertérrito el escrutinio de su tío. Éste llegó junto a él y, sin pronunciar palabra, dio una vuelta completa a su alrededor midiéndole de pies a cabeza.

—Pues sí que eres tú —farfulló mister Peace, después de darle la vuelta—. ¡Vaya una facha! ¿Sabes que has venido con cinco días de retraso?

—Los trenes de mercancías no viajan con mucha rapidez —contestó Erle, sintiendo que recobraba su aplomo.

—Pudiste haberme telegrafiado pidiéndome dinero para el viaje.

—No tenía prisa en llegar.

—¿Acaso no leíste el anuncio que hice poner en los periódicos?

—Sí.

—¿No te preocupaba perder tus derechos a heredarme si no te presentabas dentro del plazo fijado?

—No... Y no he venido por eso, sino porque temí que te hubiera ocurrido algo.

—Pues no te has dado mucha prisa en venir a ver si estaba vivo o muerto —refunfuñó mister Peace con acento de amargura.

—Si habías muerto, yo no podía resucitarte —contestó Erle—. Si seguías vivo, como me figuraba, poco podía importar que llegara dos días más pronto o más tarde.

Mister Peace miró a su sobrino con el ceño fruncido.

—Comprendo —dijo—. Tenías que venir una semana más tarde para demostrar que te daba un higo de mi dinero.

Erle no contestó. La acusación de su tío no iba del todo descaminada.

—Bien —dijo mister Peace secamente—. De todas formas, has venido. —Y le tendió la mano.

Erle se la estrechó con fuerza.

—¿Quién es este tipo? —preguntó el dueño del rancho señalando a Tony.

—Un amigo. Tony Mills.

—¿Y... vais disfrazados o practicáis realmente la mendicidad?

—No somos mendigos —contestó Mills orgullosamente—. Somos trotamundos.

—¡Ya! Ladrones, golfos y vagos. ¡Qué honra para la familia!

Erle aguantó sin inmutarse la indignada mirada de su tío.

—Hubieras sido capaz de morirte de hambre antes que venir a pedirme perdón, ¿no es cierto? —gritó mister Peace.

—Nadie se muere de hambre —contestó Erle—. Además, no sé que tenga que pedirte perdón por nada.

—¡Terco, orgulloso e insolente como tu padre! —exclamó mister Peace—. ¡Genio y figura hasta la sepultura!

—Dejemos en paz a mi padre. Él está muerto —dijo Erle enrojecido.

—Bien, dejémosle —dijo mister Peace con acritud—. Has venido, y eso es lo único que importa. Como heredero universal mío te he llamado para entregarte lo que es tuyo. A lo mejor, no quieres aceptarlo.

—¿Hay alguna condición expresa para que pueda tomarlo? —preguntó el joven poniéndose en guardia.

—Sólo una, y es sencilla. Que vayas a tomar posesión de ella.

Los ojos azules de Williams Peace brillaban de una manera extraña, lo cual reafirmó en Erle la impresión de que algo insólito estaba ocurriendo allí.

—Temo no haber comprendido bien —murmuró el joven—. ¿Significa esto que me instituyes tu heredero universal y he de hacerme cargo

de tus bienes ahora?

—Sí. Pero antes debo hacerte una advertencia. Mis bienes actuales no son los mismos que tú conocías hace dos años. Liquidé mi compañía petrolífera, vendí los pozos, las acciones de otras industrias y hasta el ganado y los terrenos de esta misma hacienda. El rancho ya no me pertenece. Sus dueños vendrán a tomar posesión de él en cuanto nos hayamos marchado.

—¿Has convertido en dinero todos tus bienes? —preguntó Erle sorprendido—. ¿Por qué lo has hecho?

—Necesitaba dinero contante y sonante para invertirlo en otra cosa. ¡Mucho dinero! Y lo he gastado todo, hasta el último centavo —aseguró Williams Peace con acento mezcla de regocijo, satisfacción y orgullo.

—¿Que lo has gastado? —balbuceó Erle, presintiendo alguna de las «genialidades» de su tío—. ¿Y en qué si puede saberse?

—Toma asiento —dijo mister Peace, señalando a su sobrino una de las cajas de embalar. Y sentándose él mismo sobre la caja contigua, extrajo una pipa del bolsillo de su camisa y empezó a cargarla con parsimonia.

Erle Raymer miró sucesivamente al hombre delgado y pálido que seguía en pie en mitad de la sala, a miss Harlow, a mister Lodge y a su compadre Tony Mills.

El vagabundo se encogió de hombros y Erle fue a sentarse cerca de su tío, no poco escamado por el brillo de los ojos de toda aquella gente.

—Toma, fuma —le dijo su tío, tendiéndole una bolsita de tabaco negro y papel de fumar.

Erle empezó a liar el cigarrillo, según la costumbre tejana, y mister Williams Peace dijo:

—La cosa es un poco larga de contar. ¿Recuerdas cómo hace dos años tuve el propósito de invertir todo mi dinero en la compra de una pequeña isla del Pacífico?

—Sí, lo recuerdo —contestó Erle, y humedeció el papel de fumar con el extremo de la lengua.

—Tú te opusiste a mi idea. Dijiste que era un disparate.

—Y sigo diciéndolo. Era un disparate —aseguró Erle liando con habilidad el cigarrillo.

Mister Peace raspó un fósforo y lo acercó a la cazoleta de su pipa. Luego, aproximó la llama al cigarrillo de su sobrino y dijo exhalando una bocanada de humo:

—Sin embargo, como el dinero era mío y podía hacer de él lo que me diera la gana, decidí llevar adelante mi idea.

Erle Raymer chupó el cigarrillo y dijo:

—Y como mis opiniones eran mías, tomé la puerta y me largué.

—No compré la isla —confió el señor Peace

—Lo celebro.

El multimillonario dio dos chupadas a su pipa y dijo:

—Los periódicos metieron mucho ruido a propósito de mi proyecto.

No tienes idea de las cosas que me oí llamar.

—La tengo. Leí esos periódicos.

—De todas formas, yo iba a comprar mi isla. Ya estaba en tratos con una cuando recibí la visita del profesor Harlow —mister Peace señaló al hombre alto y pálido con el extremo de la pipa y añadió—: Te presento al profesor Harlow.

—Tanto gusto —dijo Erle por encima del hombro.

Harlow saludó con una inclinación de cabeza que Erle no llegó a ver y mister Peace prosiguió:

—Mister Harlow vino a verme y me hizo una proposición original. «¿Para qué va usted a gastarse un montón de millones en la adquisición de una isla tan pequeña?», me preguntó. «Yo le ofrezco a usted por el mismo precio un territorio mucho más grande... un auténtico mundo donde tal vez pueda usted hacer realidad sus sueños de conseguir una humanidad mejor que ésta que habita en la Tierra». En fin... que mister Harlow me ofreció la conquista y colonización del planeta Venus.

—¿Has dicho del planeta Venus? —preguntó Erle.

—Sí, del planeta Venus.

—¡Ah! —exclamó Erle. Y continuó fumando en mitad de un silencio sepulcral.

—¡Cómo! —saltó Williams Peace indignado—. ¿No te sorprende?

—No.

—¿Te parece una cosa natural que cualquiera se vaya a Venus... así, por las buenas? —exclamó el multimillonario.

—No. Lo que me parece natural es que a un tipo que da inconfundibles muestras de estar más loco que un cencerro se le acerque cualquier individuo con la pretensión de venderle algo tan absurdo como la Luna o... Venus.

—¡Erle! —bramó mister Peace lanzando chiribitas por los ojos—. ¡No te consiento que emplees ese lenguaje refiriéndote a mí! ¡Yo no estoy loco!

—Pues entonces lo está ese profesor Harlow. ¡Profesor! ¿De qué? —exclamó Erle arrojando el cigarrillo al suelo y encarándose con el silencioso personaje.

—Ya sabía yo que esto acabaría así —confió Rudyard al oído de miss Harlow, si bien no tan bajo que no lo oyera Erle.

—¿Y ustedes, qué pintan aquí? —vociferó el joven encarándose con la pareja—. Apuesto a que se han servido de la chifladura de este Profesor y de la credulidad de mi tío para darle un timo descomunal con la venta de ¡un planeta!

—¡Sobrino! —aulló mister Peace descargando un puñetazo sobre la caja donde se sentaba—. ¡No seas estúpido y no digas barbaridades sin saberlo todo!

—¿Pero es que hay más?

—El profesor Harlow no me vendió en realidad el planeta Venus, sino los medios de locomoción para ir de la Tierra a él, o de la Tierra a cualquier otro mundo del sistema Solar.

—¿Un aparato, eh? —preguntó Erle con acento de quien está al cabo de la calle—. El timo, así, ya no parece tan burdo. Nadie compraría un planeta hasta el que no hay posibilidad de llegar, pero un cohete interplanetario ya es algo más tangible. Supongo que te han fabricado un chisme con latas de petróleo y bicicletas viejas. Supongo que el tal aparato no sirve para nada. Supongo que me has llamado para dar su merecido a estos granujas... ¿Cuánto te ha costado esta tontería, viejo?

—Cincuenta millones de dólares. ¡Pero escúchame si es posible, grandísimo majadero! ¡Y no me llames viejo! —chilló mister Peace poniéndose en pie.

—¡Cincuenta millones de dólares! —exclamó Erle anonadado—. ¡Luego te has gastado hasta el último centavo!

—Sí, ¡porras! Y estoy seguro de haber hecho una buena transacción. Eso que tú llamas «chisme» funciona a las mil maravillas. Puede que Venus no sea un mundo apto para ser colonizado, pero que vamos a ir hasta él, ¡eso es tan cierto como me llamo Willie!

Erle Raymer miró a su tío con expresión de profunda lástima.

—¿No quieres creerme, cabezota del diablo? —preguntó mister Peace.

—No —contestó el joven poniéndose lentamente en pie.

—¡Oh, magnífico, magnífico! —exclamó mister Peace frotándose las manos con entusiasmo—. Pero si a pesar de todo nos marchamos a Venus... ¿querrás venir con nosotros?

Erle sonrió con tristeza.

—Estoy seguro de que ese cohete ni siquiera se moverá un palmo de tierra firme. Me consta que has sido víctima de una estafa colosal, pero si necesitas tocar el fracaso por tus propias manos... sea. Embarquemos ahora mismo para Venus.

Erle cruzó la sala en dirección al teléfono que descansaba sobre un velador. Mister Peace salió en su persecución y le detuvo en el momento de descolgar el aparato.

—¿Qué vas a hacer?

—A llamar a la Policía —contestó Erle—. Es posible que a ella le interese presenciar el experimento.

—¡No! —gritó el hombre arrebatándole el aparato y volviendo a dejarlo sobre la horquilla—. No puedes hacer eso. Ni la Policía ni nadie debe enterarse de nuestro viaje.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees que el profesor Harlow vino a mí para que financiara su invento, y no al Gobierno que lo hubiera acogido con entusiasmo?

—Es fácil de suponer —contestó el joven con sorna—. Ningún

Gobierno se habría dejado embaucar por un cuento tan infantil.

—Cualquier gobierno se hubiera sentido muy feliz experimentando la genial idea del profesor Harlow —dijo mister Peace—. Desgraciadamente, nuestra máquina carece de utilidad práctica, como no sea la de sustraer al hombre de la fuerza de gravedad terrestre y llevarle hasta los mundos que pueblan el espacio. Empleada como arma de guerra su poder sería ilimitado, ya que podría volar sobre todo el mundo a una altura tan considerable que ningún aeroplano, proyectil u cohete podría interceptarla. El profesor Harlow temía que su máquina pudiera ser utilizada como arma de guerra, y por eso acudió a mí. ¿Comprendes ahora?

Erle Raymer miró al pálido profesor Harlow.

—¿Dónde está ese aparato? —preguntó.

—Cerca de aquí, en el «cañón» del Tonto —contestó mister Peace.

—¿Lo habéis construido aquí mismo?

—Sí.

—¿Con vuestras propias manos? —preguntó Erle con marcada ironía.

—Y con las de cerca de un millar de hombres que han estado trabajando para nosotros dentro del mayor secreto. Todas las piezas del aparato, excepto la pila atómica, fueron construidas por separado en fábricas y talleres esparcidos por todo el país. Los obreros no fueron empleados hasta que llegó el momento de montar las piezas según iban llegando. Y entonces se les hizo creer que trabajaban para el Gobierno y era cuestión de vida o muerte mantener en secreto lo que aquí se estaba haciendo. Durante seis meses esos trabajadores han permanecido aquí encerrados como prisioneros, sin asomar la cabeza fuera de las alambradas del rancho. Su colaboración sin contar la de los especialistas, ni el cuerpo de guardianes, me ha costado la tontería de doce millones de dólares. Otra buena cantidad se la llevó la instalación que hubo de montarse en el «cañón» del Tonto.

Erle Raymer miró a su tío con asombro. Ningún loco habría hablado con tanto aplomo. Erle estaba seguro que su genial tío no había inventado aquella historia. El aparato debía de existir. Un millar de obreros, especialistas e ingenieros estuvieron trabajando en él.

Erle se preguntó si una cuadrilla de estafadores se tomarían el trabajo de armar todo aquel fantástico tinglado para meterse en el bolsillo un puñado de millones.

La respuesta era que sí; que podían haberlo hecho. Sin embargo, el procedimiento no parecía ser normal en estos casos.

—Bueno —dijo mister Peace interrumpiendo las hondas reflexiones de su sobrino—. ¿Qué me dices?

—Creo —dijo Erle lentamente—, que debo ir a ver ese dichoso aparato.

—Nos trasladaremos a él con todo nuestro equipaje después de medianoche —aseguró el archimillonario—. Zarparemos al amanecer.

—¿Rumbo a Venus? —preguntó Erle.

—Sí, rumbo a Venus —repuso mister Peace gravemente—. Ya hemos demorado demasiado la fecha esperando a que tú llegaras. Hace una semana que la astronave quedó completamente equipada y lista para el viaje. Los obreros se muestran inquietos e impacientes por recobrar su libertad. Anteayer hubo un conato de motín, y ayer cinco de ellos intentaron la fuga. Hemos ido aplazando de un día para otro la salida, pero ya no podemos esperar más. Si hubieras llegado sólo doce horas más tarde te habrías quedado en tierra.

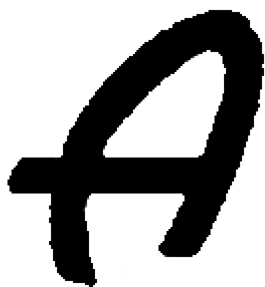
—Mucho me temo que nos quedemos todos en Tierra —contestó Erle burlonamente—. Ese artefacto en el que has gastado cincuenta millones de dólares no se elevará jamás.

Mister Peace sonrió.

—Vas a llevarte una sorpresa —aseguró—. El aparato se elevará. Pero ahora ve a tu habitación y quítate esos andrajos de encima. Comeremos dentro de media hora.

Erle salió de la sala haciendo señas a Tony Mills para que le siguiera.

# CAPÍTULO III



l salir del cuarto de baño, Erle Raymer se detuvo mirando con sorpresa al hombre que le saludaba con una grave inclinación de cabeza.

—¡Watson! —exclamó con alegría.

John Watson sonrió débilmente. Era un hombre alto, delgado, de mediana edad, reposado de ademanes y flemático como correspondía a un auténtico ayuda de cámara británico.

—Buenas tardes, señor. ¿Cómo está el señor? —inquirió sin perder su imperturbabilidad profesional.

—Gracias a Dios que encuentro en esta casa a alguien que esté en sus cabales —exclamó el joven tendiéndole la mano.

—Celebro verle de nuevo en casa, señor Raymer —aseguró Watson estrechando brevemente la mano de Erle—. Lo celebro mucho.

—Y yo también, Watson. Sólo que he llegado demasiado tarde para impedir este desastre. ¡Nunca debí marcharme!

—Eso es cierto, señor. El señor Peace gozaba de mejor humor cuando usted estaba en casa. Ha sufrido mucho durante su ausencia aunque, naturalmente, nunca se ha quejado del alejamiento del señor.

—¿Crees que fue eso lo que le trastornó, Watson? Debiste avisarme al tener conocimiento de lo que llevaba entre manos. Tú has sido siempre su hombre de mayor confianza. Nunca tuvo secretos para ti y, naturalmente, no te ocultaría lo que se proponía hacer.

—En efecto, señor. El señor Peace siempre consultó conmigo sus más arriesgadas empresas antes de acometerlas, aunque justo es decir que nunca hizo el menor caso de mis modestas opiniones. ¿El señor quiere que le afeite?

—Sí, aféitame —dijo Erle tomando una silla—. Respecto a lo de ese viaje a Venus...

Watson entró en el cuarto de baño. «¿Quién demonios es usted?», se oyó exclamar a Tony Mills entre el ruido de la ducha.

Watson salió del cuarto de baño y arrolló una toalla al cuello de Erle.

—¿Decía el señor? —preguntó.

—Cuéntame todo lo que ha ocurrido aquí desde que yo me marché,

Watson. Quiero saber la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Poco hay que contar, señor. Unos días después de haberse marchado usted vino el profesor Harlow acompañado del profesor Dening...

—¿Quién es Dening?

—Un notable astrofísico, señor. Se ocupa de la composición de las estrellas, de la habitabilidad de los planetas y otras cosas por el estilo. Su nombre es famoso en el mundo científico.

Watson se puso a suavizar la navaja y prosiguió diciendo:

—Hicieron otras varias visitas al señor Peace hasta llegar a un acuerdo definitivo. El señor Peace financiaría el aparato ideado por mister Harlow y quedaría en propiedad suya la mitad de la máquina. Pero el planeta Venus, suponiendo que la teoría de mister Dening resultara cierta y fuera un mundo habitable, sería para el señor Peace, quien además de construir la astronave financiaría la expedición.

—Pero tú, ¿no sospechaste que todo era un timo?

—Perdone el señor si no comprendo lo que quiere decir —dijo Watson con la navaja suspendida sobre la cara de Erle.

—Quiero decir si no sospechaste que el viaje a Venus era una imposibilidad material y un pretexto para sacarle cincuenta millones de dólares a mi tío.

—Yo soy un criado y procuro no ser otra cosa que un buen criado, señor. Ignoro las posibilidades que existen de realizar una expedición a Venus, si bien supongo que una vez u otra había de encontrarse el medio de ir allá.

—¡Acabemos! —dijo Erle—. ¿También tú creíste en la sinceridad de Harlow y de ese... Dening?

—Yo suelo fiarme de la cara de las personas, señor Raymer —aseguró Watson empezando a raspar la mejilla del joven—. Tanto el profesor Dening, como el profesor Harlow y la hija de éste son gentes educadas, amables y sinceras a carta cabal. Nunca se me ocurriría que fueran estafadores con el propósito de abusar de la generosidad del señor Peace.

—¿Y si yo te dijera que el viaje a Venus es una fantasía y que la tal «astronave» es un montón de chatarra inútil? ¿Me creerías?

—El señor debe tener razones poderosísimas para hacer tan grave afirmación —contestó Watson.

—No tengo más que una razón, Watson. Y es que «me consta» positivamente que un viaje interplanetario es «imposible» en la actualidad.

—¿Quiere decir el señor que no tendremos viaje a Venus? ¡Oh, cuánto lo siento por el señor Peace! Él ha consagrado toda su fortuna y dos años enteros de su existencia a la realización de un sueño largamente acariciado. Si la expedición fracasa morirá del disgusto.

Esta eventualidad, en la que no había pensado, sumió a Erle Raymer en hondas y amargas reflexiones. Si tío Willie no realizaba su viaje a Venus reventaría del berrinche. Esto era para Erle tan cierto como que no habría

viaje, ni a Venus ni a ninguna parte.

Watson terminó de afeitar a Erle respetando su silencio. Luego sacó del armario un traje que Erle se puso sobre una muda completa limpia.

Tony Mills salió del baño.

—Te presento a Watson, ayuda de cámara de tío Willie —le dijo Erle—. Él te afeitará y te proporcionará un traje a tu medida mientras yo voy abajo.

Dos minutos más tarde, Erle volvía a la sala donde su tío Willie mostraba un rifle de gran calibre a un hombre de mediana corpulencia cuyos ojos, grises e inteligentes, centelleaban detrás de los gruesos cristales de unas enormes gafas.

—Te presento al profesor Dening, Erle. Éste es mi sobrino, profesor.

Dening estrechó la mano del joven con afectuosidad arrolladora. Erle observó con el rabillo del ojo a dos mujeres, jóvenes y no feas, que charlaban animadamente un poco más allá. Había además otros hombres que no estaban allí media hora antes.

—Señoras y caballeros —dijo el archimillonario con voz fuerte—. Acérquense un momento para que les conozca mi sobrino.

Todos los que se encontraban en la sala se acercaron. A la puerta del comedor, contiguo a la sala, se asomaron miss Harlow y Rudyard Lodge, los cuales permanecieron allí mientras mister Peace decía:

—Amigos, les presento a mi sobrino Erle Raymer. Permíteme que te presente a estos compañeros, Erle. Aquí está el profesor Harlow, a quien ya conoces...

El archimillonario fue señalando y presentando:

—Profesor Vernon Clancey, físico nuclear que construyó la pila atómica de nuestra astronave; profesor Hagerman, biólogo; profesor Roswell, antropólogo; profesor Aronson, metereólogo, y su señora mistress Aronson; Glenbrook, ingeniero de radar; McDermit, ingeniero electricista; capitán Whitney, oficial retirado del Ejército y señora, mistress Whitney... creo que no hay más aquí.

—Se olvida usted de mí, señor Peace —dijo una muchacha rubia y linda apareciendo por detrás de Erle y lanzando sobre éste una mirada afable a través de los cristales de sus gafas.

—¡Ah, perdón! Ésta es la señorita Christina Custer, secretaria insustituible del profesor Dening. Los pilotos Robert Dodson y Martín Archer están con el ingeniero mecánico McAllister a bordo de la astronave y no vendrán a cenar... y creo que ahora sí que no falta nadie. Podemos pasar al comedor.

Todos empezaron a desfilar hacia el comedor. Erle siguió a su tío totalmente desconcertado. Unos instantes después, desde el extremo de la mesa donde estaba sentado, Erle miraba una por una a las caras de aquellos hombres y mujeres preguntándose si tenían aspecto de vividores y timadores.

La respuesta era que no. Algunos de los rostros eran vulgares, pero

todos sin excepción tenían rasgos de personas cultas e inteligentes. Esto se notaba también en su forma de hablar lo cual hacían con acento desenfadado, como personas que llevan algún tiempo conviviendo y se conocen mutuamente en sus defectos y debilidades.

A la derecha de Erle se sentaba miss Christina Custer. Era una muchacha extraordinariamente seria, una de esas personas silenciosas y reservadas que viven una intensa vida interior y parecen contemplar el mundo con cierto aire asustado. Después de fijarse en ella Erle hubiera puesto la mano en el fuego a que no era capaz de aliarse voluntariamente a una cuadrilla de estafadores.

A la izquierda de Erle comía con envidiable apetito el capitán Whitney. Erle observó que Whitney comía con la mano izquierda, en tanto conservaba la derecha, enguantada, debajo de la mesa. Su mujer era una linda muchacha de apenas 20 años de edad, la cual le atendía como una madre cariñosa cortándole la carne y mondándole la fruta.

Erle supuso que Whitney era un mutilado de guerra. El rostro del capitán traslucía una serenidad profunda, hija del sufrimiento físico y moral. La mirada con que acariciaba a su joven esposa era diáfana como un cristal. Tampoco podía ser un timador.

Los comensales hablaban entre sí con cierto nerviosismo estridente. La impresión dominante era de inquietud e impaciencia.

En general y a excepción de Whitney y algún otro, los comensales dieron muestras de tener escaso apetito. La comida terminó antes que Erle pudiera poner orden en el caos de ideas que bullía en su cerebro.

Los criados sirvieron champaña. El anfitrión empuñó su copa y se puso en pie. Se hizo el silencio.

—Amigos míos —dijo mister Peace—. A despecho de las sorpresas que Venus pueda depararnos, éste es el día más feliz de mi vida. Unas horas nada más y estaremos volando a través del espacio, camino de la aventura. Hago votos para que todos los que aquí nos hallamos reunidos volvamos a brindar dentro de unos días teniendo bajo nuestras plantas el suelo firme de Venus, y brindo ahora por el éxito de nuestra expedición y el éxito y la dicha de todos cuantos en ella vamos a tomar parte.

Todos se pusieron en pie para levantar solemnemente sus copas. Sólo Erle Raymer permaneció sentado, escudriñando los rostros de los invitados, tratando de descubrir en ellos una mueca irónica, una sonrisa o cualquier otra manifestación de burla.

Pero o todos vivían la emoción sincera del anfitrión, o eran sin excepción actores consumados. Los futuros astronautas entrechocaron sus copas y bebieron con gravedad.

—Ahora —dijo mister Peace— vamos a cambiarnos de ropa y ponernos a trabajar. Todavía nos quedan algunas pequeñas cosas por hacer.

Los comensales abandonaron la mesa con gran estrépito de sillas. La mayoría se encaminó a las habitaciones de los huéspedes. Erle alcanzó a su tío

en la sala contigua en el momento que éste tomaba el teléfono.

—Sube a tu habitación, Erle, y ponte tu traje de astronauta. Watson te lo dará.

—¡Ah! —exclamó Erle con ironía—. ¿Pero tenemos trajes especiales y todo? ¡Esto va a ser la mar de divertido!

—En efecto; será la mar de divertido. Me ha costado cincuenta millones, pero ni mil vidas que viviera gozaría tanto como en estos dos últimos años.

—Entonces... quizás haya valido la pena quedarse sin un centavo a cambio de la diversión de estos dos años. Quiero decir que... aunque todo resulte puro teatro y no haya expedición a Venus... —balbuceó Erle, buscando una manera suave de preparar a su tío para la caída estrepitosa del telón que pondría fin a la comedia.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Erle? —le interrumpió su tío con impaciencia—. ¡Pues claro que hay expedición a Venus! Hasta ahora, la diversión ha consistido precisamente en los preparativos. Pero es ahora cuando viene lo bueno, la aventura en sí.

—Quizás esto resulte como una de esas cacerías que se preparan con gran ilusión y luego se estropean por un día de lluvia. Lo bueno podría ser los dos años que has vivido preparando la excursión, y lo demás, un chasco tremendo, ¿no crees?

—No —refunfuñó mister Peace dando muestras de impaciencia—. Y no acabo de comprender tu actitud, a menos que dudes todavía de la realización de este viaje.

—No dudo —contestó Erle con voz fuerte que atrajo sobre sí la atención de las personas que estaban clavando los cajones—. ¡Estoy seguro de que no habrá tal viaje!

—Mira, muchacho —dijo el archimillonario agitando el teléfono ante la cara roja de Erle—. Ve a ponerte tu traje de viaje y deja de estorbar. Comprendo tu incredulidad, pues eres un perfecto ignorante en estas cosas. Si, como Santo Tomás, necesitas tocar para creer, espera a encontrarte a dos millones de kilómetros de la Tierra... ¡y déjame en paz mientras tanto!

La orden de mister Peace era de aquéllas que no admitían protesta.

—¡Muy bien, cabezota del diablo! —gritó Erle alejándose—. No moveré ni un dedo para evitarte el mayor ridículo de tu vida. ¡También yo me reiré a carcajadas con todos los demás!

Erle subió a sus antiguas habitaciones rechinando los dientes con rabia. Tony Mills, que vestía un traje gris en buen uso, comía sobre un velador.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Erle malhumorado.

—No me atreví a presentarme en el comedor. Le pregunté a ese simpático mayordomo si podía comer aquí mismo y me trajo la cena.

Watson entró en la habitación. Del brazo llevaba colgando un traje de brillante seda color verde pálido con algunos adornos amarillo oro.

—Su traje de astronauta, señor —anunció con su característica gravedad.

Erle lo tomó y lo levantó suspendido de las perneras. Era un traje de una sola pieza, especie de mono ajustado abierto en todo el frente por una cremallera niquelada. También tenía bolsillos con cremallera en el pecho y en la trasera. Además, tenía en el centro del pecho un gran círculo con algo así como un avión cohete de alas en delta y en posición vertical, todo bordado en oro.

—No pretenderás que me ponga este disfraz, ¿verdad, Watson? —preguntó Erle indignado.

—Ésa es la orden del señor Peace, señor. Todos los viajeros deben vestir su traje de astronauta.

—¡Al diablo el señor con sus extravagancias! —vociferó Erle—. ¡A mí no podrá obligarme!

—Lo pondré en el equipaje del señor por si el señor cambia de parecer.

Erle encendió un cigarrillo y se echó en la cama. A su aplastante sensación de impotencia se unía ahora el cansancio de las últimas veinticuatro horas, pasadas en un vagón de mercancías donde también viajaban dos bueyes sementales que no le dejaron pegar ojo con sus incesantes mugidos.

Debió quedarse amodorrado sin darse cuenta, porque despertó sobresaltado cuando llamaron con los nudillos en la puerta.

Tony Mills, que fumaba apaciblemente en un sillón con una pierna sobre la otra, dejó a un lado su revista ilustrada y fue a abrir. Uno de los criados de la casa, a quien no conocía Erle, se asomó y dijo:

—El señor dice que bajen ustedes si ya están preparados. Si me lo permiten, yo tomaré el equipaje.

Erle hizo una seña a Mills y abandonó la habitación. En el corredor vieron a miss Harlow que llevaba su mismo camino. Ella vestía uno de aquellos ajustados monos de brillante seda. El traje ceñía sus largas y esbeltas piernas y su bonito y bien proporcionado cuerpo. Sobre los hombros llevaba una fantástica capa color salmón, cuyo borde inferior iba barriendo la alfombra del pasillo con airosos movimientos.

Miss Harlow, que en esta ocasión no llevaba gafas ahumadas, clavó sus hermosas y desafiantes pupilas doradas en las verdes y burlonas de Erle.

—¿Vamos a un baile de máscaras? —preguntó el joven haciéndose a un lado.

—¡Palurdo! —dijo ella pasando con arrogancia ante él.

Los dos hombres la siguieron quedándose rezagados.

—Yo diría que esto va en serio, Erle —refunfuñó Mills—.Y si hay viaje a Venus, he de hacerte una advertencia. Tony se queda en tierra. Tal vez este pícaro mundo no sea muy perfecto, pero al menos uno lo conoce y está acostumbrado a él.

—No digas tonterías —gruñó Erle bajando las escaleras—. Nadie va a

ir a Venus.

Las cajas habían desaparecido de la gran sala cuando Erle y su amigo entraron en ella. Mister Williams Peace, enfundado en un ajustado traje de fantomas de estrepitoso color amarillo, daba sus últimas instrucciones a un criado.

—¿Estáis listos? —preguntó mister Peace a su sobrino.

Erle no contestó porque en este momento apareció Watson y su estrafalaria indumentaria le hizo prorrumpir en una estrepitosa carcajada.

El ayuda de cámara vestía también uno de aquellos absurdos trajes ajustados. Pero Watson llevaba, además, chanclos de goma y se había puesto un impecable chaqué encima del traje de astronauta. Llevaba también un sombrero hongo sobre la cabeza, un bolso de viaje en una mano y un paraguas en la otra mano.

—¡Watson! —exclamó mister Peace—. ¿Adónde vas con esa facha?

—Tengo entendido que en las selvas de Venus llueve a todas horas y hay mucha humedad, señor —repuso el británico con suma gravedad—. Si es así, no estará de más que lleve mis chanclos y mi paraguas.

—Y el chaqué y el hongo constituyen su traje nacional —añadió Erle con lágrimas de hilaridad en los ojos—. No sería justo obligarle a desprenderse de él.

—No sé qué pensarán los venusinos de ti, Watson —murmuró Peace muy preocupado—. En fin, vamos.

El grupo abandonó la casa. Ante la puerta esperaba la misma furgoneta «Chevrolet» que había recogido a Erle en la carretera. Miss Harlow esperaba ante el volante.

Mister Peace se acomodó junto a la joven. Erle, Watson y Mills se sentaron atrás y el coche se puso en marcha. Era una hermosa noche de luna. Por las ventanillas abiertas entraba un aire muy frío.

Erle observó que el antiguo camino de carretera había sido convertido en una ancha y bien nivelada pista asfaltada. Esta carretera condujo a los viajeros hasta el rincón más agreste y pintoresco de la hacienda, una sucesión de profundos y frescos cañones en donde el ganado solía refugiarse durante calurosos y secos estiajes.

El cañón del Tonto era el mayor de todos. Dos altos paredones cortados a pico se elevaban a más de 100 metros de altura, con una separación aproximadamente igual en su parte más ancha.

La carretera se internaba en esta profunda garganta, por cuyo fondo corría un riachuelo. El automóvil se detuvo al llegar ante una alta y sólida barrera de malla de acero, brillantemente iluminada por dos reflectores fijos en los estribos de la garganta.

Dos hombres armados de ametralladoras se acercaron al coche para verificar la identidad de sus ocupantes. Erle conocía a estos hombres y ellos le reconocieron también, saludándole en español.

Eran dos vaqueros mexicanos de los que ya trabajaban en «Las

Cruces» cuando Erle se marchó. Se llamaban Vicente Vargas y José Ramírez.

La puerta de la valla se abrió de par en par. Al otro lado había un hombre con revólver al cinto y «Winchester» colgado al hombro. Era Ted Martindale, el antiguo capataz del rancho.

—¡Hola, Erle! —saludó Martindale introduciendo su mano por la ventanilla para estrechar la del joven—. Dichosos los ojos.

—Ted —dijo mister Peace—. Avisa a la gente que prepare sus cosas para abandonar el campamento al amanecer.

—No se preocupe, señor Peace —contestó el capataz—. Hace una semana que tienen hechas las maletas. En cuanto les abramos esta cancela saldrán dando corcovetas como una manada de potros jóvenes.

—Despegaremos a las cinco treinta. A las cuatro llamarás a Carrizo y Hernández para que dejen la guardia de lo alto del acantilado y se reúnan con nosotros en el aparato.

El automóvil reanudó la marcha. Un poco más adelante empezaron a ver luces eléctricas a derecha e izquierda. Estas luces procedían de interminables hileras de pequeñas cuevas excavadas en la roca, a modo de viviendas trogloditas. Aquí y allá, bajo los cedros, brillaban las fogatas sobre las que se silueteaban las figuras de los hombres envueltos en mantas.

La incredulidad de Erle Raymer iba trocándose en asombro. Si Harlow y los demás eran una cuadrilla de timadores, como creía, se habían tomado un trabajo tremendo para chuparse algunos millones de Williams Peace. Demasiado trabajo, a juicio de Erle.

Pero la carretera, la cerca, las viviendas de aquellos trogloditas modernos, los comedores, los pabellones de sanidad y todo lo que Erle veía desde el automóvil no era nada comparado a la sorpresa que le aguardaba.

La furgoneta entró en la parte más angosta del cañón del Tonto y se detuvo. Mister Peace saltó a tierra y dijo:

—Bueno, Erle. Ahí tienes nuestra nave del espacio.

Erle Raymer se apeó y levantó los ojos. Ante él y ocupando toda la brecha se erguía una maciza mole tan alta como un rascacielos de tamaño corriente. Se trataba, al parecer, de un cohete posado verticalmente sobre sus aletas estabilizadoras.

Erle, que creía que los estafadores habían construido un cohete de tamaño irrisorio, quedó estupefacto frente a las colosales proporciones de aquel huso metálico, cuya punta ojival brillaba a la luz de la luna por encima de los bordes dentados del acantilado. El mismo acantilado debía de haber servido para montar el monstruoso cohete, porque adosados a una y otra pared de la garganta se veían los restos saledizos de un intrincado andamio que había sido quitado en parte.

—¿Te gusta? —preguntó mister Peace con orgullo.

Y Erle contestó:

—Es de hojalata, ¿verdad?

—Ven conmigo —gruñó el archimillonario.

La parte inferior del cohete estaba brillantemente iluminada por los focos. Suspendida desde la proa del aparato por cuatro cables descendía una plataforma con un hombre subido en ella. Se trataba, al parecer, de un montacargas con el cual estaban elevando cierto número de bultos hasta una gran compuerta que se abría a unos 20 metros de altura sobre el suelo.

Todos los que habían venido en la furgoneta subieron sobre esta plataforma, la cual les elevó por encima de la gran compuerta hasta una escotilla de forma circular que se abría un poco más arriba.

Por la escotilla, bastante angosta por cierto, pasaron a una especie de cajón metálico que resultó ser un ascensor. El ascensor se puso en marcha y se detuvo tras un trayecto muy corto. Mister Peace abrió la puerta del ascensor, la cual coincidía con una escotilla circular por la que pasaron a una extraña cabina.

Esta cabina era de forma circular, paredes abuhardilladas y techo en forma de cúpula, exactamente como si perteneciera a la mitad de una esfera.

—Ésta es la cámara de derrota —anunció mister Peace con orgullo.

La cabina, que vendría a tener unos seis metros de diámetro, parecía la materialización de la quimérica fantasía de un ilustrador de historietas futuristas. A todo lo largo de las paredes iban adosados intrincados cuadros de instrumentos e indicadores de control.

Los asientos de los pilotos estaban en el centro de la cabina, frente a una pantalla de televisión más grande que lo normal, teniendo a su alcance gran número de palancas, botones e interruptores.

En la cabina había cuatro hombres. Uno era Rudyard Lodge. A los tres los presentó mister Peace con los nombres de Robert Dodson y Martín Archer, pilotos, y McAllister, ingeniero mecánico.

—Podréis sentaros allí y presenciar la maniobra de despegue —indicó mister Peace señalando un par de cómodas butacas extensibles situadas en un rincón.

—¿Va a durar mucho? —preguntó Erle.

Su tío le miró sin comprender y el joven añadió:

—Me refiero a la pantomima del despegue. De todo el mundo es sabido, menos de ti, que este armatoste no despegará jamás.

—¿Estás seguro? —preguntó mister Peace con una chispita de sarcasmo bailándole en el fondo de las pupilas.

—¡Oh, lo estoy! —exclamó Erle—. Después de tirar de aquí y allá, apretar éste y aquel otro botón, el profesor Harlow confesará que, sintiéndolo mucho, hay que introducir reformas en el motor por valor de otros diez millones de dólares.

Erle hizo esta manifestación y se quedó mirando al profesor en actitud desafiante. Pero si esperaba ver palidecer al inventor de la astronave debió quedar bastante defraudado. No fue el profesor, sino mister Peace quien enrojeció y gritó:

—¡Erle, eres un estúpido! Un ignorante como tú no puede poner en

duda la integridad de un hombre como el profesor Harlow, sobre todo antes de ver si esta astronave despega o no despega. ¡Preséntale tus disculpas o...!

Mister Peace levantó su puño amenazador. Pero miss Harlow le retuvo por un brazo, diciendo:

—No se preocupe por nosotros, señor Peace. Nos hacemos cargo de los sentimientos de mister Raymer. Como instigadores para que usted invirtiera su fortuna en esta empresa, el señor Raymer no puede sentir mucha simpatía hacia nosotros. Él hubiera preferido heredar cincuenta millones de dólares a...

—Cállate, Mildred —ordenó secamente el profesor Harlow.

La muchacha giró sobre sus talones y se alejó. Mister Peace miró furioso a su sobrino y le ordenó:

—Ve a ocupar tu asiento y espera.

—Puedo esperar muy tranquilo —aseguró Erle. Y fue a repantigarse en la butaca, cruzando una pierna sobre otra.

Tony Mills se sentó junto a Erle. El vagabundo parecía como asustado y todo era mirar a un lado y a otro, evidenciando sentir una instintiva desconfianza hacia todos aquellos intrincados aparatos.

Erle, en cambio, estaba seguro de que los botones, las palancas y los cuadros de instrumentos habían sido amontonados en aquella cabina con el exclusivo fin de impresionar la infantil credulidad de su tío.

La cultura científica de Erle Raymer no pasaba de ser la corriente en el ciudadano medio norteamericano, pero con esto le bastaba para saber que ninguno de los combustibles conocidos y empleados hasta la fecha podía conducir a un cohete hasta Venus, ni siquiera hasta la Luna.

Y la energía atómica era sólo una esperanza para el futuro.

El joven vagabundo, en suma, estaba seguro que el cohete del profesor Harlow no sólo no llegaría a Venus, sino que ni siquiera despegaría. En esta confianza pudo esperar tranquilamente durante dos largas horas sin que le impresionaran la extraordinaria actividad de la cabina ni órdenes tan terribles como:

«¡Pongan en marcha la pila atómica!»

De algún remoto punto de la astronave llegó una especie de gemido que fue en crescendo hasta convertirse en un zumbido como de turbinas girando a gran velocidad. Miss Harlow, Lodge y McDermit hacían centenares de verificaciones yendo de uno a otro cuadro de instrumentos.

A las cinco quince los pilotos fueron a ocupar sus asientos.

«Cierren las escotillas. Prepararse para despegar.»

Erle sonrió. Mills se inclinó hacia él y murmuró:

—Esto no me gusta nada, Erle. Voy a apearme, no sea cosa que este trasto despegue de verdad.

—No digas tonterías —gruñó Erle.

El reloj de la cabina marcaba las cinco veintinueve.

—Adelante —dijo el profesor Harlow.

Robert Dodson encendió la pantalla televisora. En ésta apareció una escala graduada de gran tamaño con el número 0. Archer apretó algunos botones, movió un interruptor y empuñó una palanca.

—Un punto.

Archer empujó la palanca con suavidad. Se escuchó un fuerte crujido seguido de otros más pequeños. El piso de la cabina osciló ligeramente. Se experimentó una suave sacudida ascensional.

—¡Esto se mueve, Erle! —gritó Mills asiéndose a los brazos de la butaca.

—Despegamos —anunció Archer.

En la pantalla de televisión, la escala numerada empezó a moverse con lentitud de arriba para abajo. Cesaron los crujidos. El «cero» había desaparecido de la pantalla y ahora se deslizaban por ésta grandes rayas rojas. Un número «diez» de gran tamaño pasó con rapidez

—¡Altura, 10 metros!

Erle se puso lentamente en pie y avanzó unos pasos hasta reunirse con su tío, el cual estaba de pie tras el asiento de los pilotos. Mister Peace se volvió hacia Erle y dijo lleno de satisfacción:

—Adosamos una escala graduada al acantilado para dirigir la maniobra de despegue. ¿Insistirás todavía en que este aparato es incapaz de moverse?

—¡Altura, 20 metros!

—Que una escala numerada pase por la pantalla no demuestra nada. También un film tomado desde un ascensor podría dar ese efecto si...

—¡Altura, 30 metros!

—Eres un idiota, sobrino —refunfuñó mister Peace—. Temo que no vayas a admitir la posibilidad de hacer un viaje interplanetario hasta que aterricemos en el mismo Venus.

—Si esto fuera un cohete de verdad despegaríamos bruscamente. No estaríamos aquí tan tranquilos, sino...

—¡Altura, 40 metros!

—Esto no es un cohete —dijo mister Peace—. Al menos, no es un cohete convencional de los que despegan bruscamente arrojando torbellinos de llamas por la cola. Utilizaremos «hydracin» más tarde en pequeñas cantidades, para la navegación por el espacio sideral. Pero la fuerza que estamos utilizando para despegar es de índole muy distinta. Creamos un campo magnético artificial.

—¡Altura, 50 metros! —anunció Dodson.

—¿Qué es exactamente un «campo magnético»? —preguntó Erle.

—Si el dinero que me he gastado educándote ha servido para algo sabrás que los signos iguales de los polos de un imán se repelen, mientras que los de signo diferente se atraen.

—Sí, lo sé —gruñó Erle.

Y Dodson gritó:

—¡Altura, 60 metros!

—La Tierra —dijo mister Peace— es como el polo de un gigantesco imán. Nosotros somos ahora otro imán de signo igual al de la Tierra. Por consiguiente, hay una fuerza magnética entre nosotros y la Tierra, la cual tiende a separarnos. El globo terráqueo, por decirlo así, nos «expulsa» fuera de su campo de influencia. A esto se llama un «campo de fuerza» o campo magnético.

—¡Altura, 70 metros! —gritó el piloto—. Coronamos la altura del acantilado y se acaba la regla.

Erle Raymer miró a la pantalla con sobresalto. La luna, en cuarto menguante, se asomó a la pantalla, muy cerca ya del horizonte. Los riscos y las crestas de las montañas parecían hundirse en el caos brumoso de la tierra iluminada por la luna. No lejos aparecieron las luces de una ciudad.

—Elephant Butte —señaló mister Peace.

Con ojos agrandados por el asombro, Erle Raymer se inclinó sobre el hombro del piloto para mirar a la pantalla. El lago formado por el Río Grande apareció espejeando a la luz de la Luna. Volaban. La astronave del profesor Harlow se elevaba verticalmente sin visible esfuerzo. Más aún: acelerando a medida que aumentaba la distancia entre ella y la superficie de la Tierra.

# CAPÍTULO IV



ran las siete de la mañana cuando Erle Raymer y Tony Mills bajaron a la «cabina número 2» para desayunar.

Las cabinas de la astronave, según mister Peace explicó a Erle, eran de forma esférica y basculaban sobre sendos robustos ejes.

Dos ascensores laterales unían los ejes y, consiguientemente, las escotillas de acceso a las tres grandes cabinas principales. Más abajo, a popa, había otra pequeña cabina desde la cual se tenía acceso a las máquinas.

Esta original y complicada disposición de las cabinas tenía su razón de ser en una circunstancia especial, a saber: mientras la astronave «subía» hacia Venus, la aceleración constante originaba una reacción de los tripulantes contra el piso de las cabinas, creándose de esta forma una fuerza de gravitación artificial.

En el momento que la astronave llegara a mitad de camino entre la Tierra y Venus tendría que suspender la aceleración y comenzar inmediatamente la maniobra de frenado.

Lógicamente, al frenar, los pasajeros y todo lo situado a bordo de la astronave tenderían a salir disparados hacia arriba, como salían proyectados hacia adelante los tripulantes de un automóvil que frenara con alguna brusquedad.

Para evitar esta inversión del campo de gravedad (puesto que la reacción del peso sería entonces hacia el techo), los astronautas habían ideado las cabinas esféricas basculantes. En el momento de pasar de la aceleración al frenado, las cabinas volteaban sobre sus ejes de forma que los pies del pasaje estuvieran dirigidos hacia Venus.

Como el frenado era también constante, la reacción seguía ejerciéndose sobre el piso y los pasajeros sufrían los desagradables efectos de la falta de gravedad, origen de cómicas situaciones para el personaje de Julio Verne en *De la Tierra a la Luna*.

Una última y poderosa razón para justificar esta extraña disposición de las cabinas era que la astronave había sido concebida de forma que, además de servir de vehículo interplanetario, pudiera realizar simples misiones de reconocimiento dentro de la envoltura gaseosa de Venus.

Al volar sobre los continentes y los océanos de Venus, el aparato lo hacía como un avión corriente, o sea en plano horizontal a la superficie del planeta. Para volar en esta posición, con la proa adelante y los planos estabilizadores atrás cual era lo lógico, las cabinas volteaban 45° sobre sus respectivos ejes y el piso del aparato quedaba en posición paralela a la del suelo.

—Entonces —dijo mister Peace— estaremos sometidos a la fuerza de gravedad de Venus.

El pomposamente llamado salón comedor ocupaba toda la mitad superior de la esfera número dos. Era, por lo tanto, un salón de forma circular, de ocho metros de diámetro, con una mesa redonda en el centro y un cómodo diván de muelles, dividido en sectores por muebles librerías a todo lo largo de las paredes.

Las sillas que rodeaban a la tabla redonda tenían un solo pie central que estaba atornillado al piso. Eran butacas giratorias, por supuesto.

La mayoría de los miembros de la expedición estaban reunidos en el comedor, unos de pie y otros sentados en las butacas o el largo diván, y todos comentaban animadamente el feliz despegue de la astronave.

Momentos antes de abandonar la cámara de derrota, Erle y Tony Mills habían visto por la pantalla de televisión todo el continente americano desde una altura que todavía no habían podido alcanzar los cohetes experimentales lanzados por el hombre según los sistemas convencionales.

Para Erle Raymer, la convicción de que volaba rumbo a Venus era algo cautivador y maravilloso, que no se había atrevido a soñar dos horas antes. En cambio, para Tony Mills constituía un accidente desgraciado, lleno de nefastos presagios para un futuro próximo.

Cuando Erle entró en el salón comedor, todos los que se encontraban en él se volvieron a mirarle entre burlones y conmiserativos.

—¿Cómo se siente usted ahora, señor Raymer? —le preguntó el profesor Dening.

—Muy confuso, gracias —contestó Erle con desenfadada sinceridad.

—La perturbadora perspectiva de realizar un viaje interplanetario es para usted más nueva y brusca que para cualquiera de nosotros. Pero se acostumbrará enseguida.

—Así lo espero —murmuró Erle, sintiéndose molesto bajo la mirada irónica de los presentes.

Pero la molestia que pudiera sentir Erle quedó diluida en el acto siempre importante de sentarse a la mesa. Esta mesa tenía en el centro un agujero redondo que resultó ser el de un pequeño montacargas, que comunicaba directamente con la cocina del cohete.

La cocina, según Erle no tardó en saber, estaba debajo del comedor, ocupando la mitad inferior de la esfera número dos. Allí había también una pequeña despensa refrigerada y un camarote con cuatro literas donde dormían las cuatro mujeres de la expedición, a saber: mistress Aronson, mistress

Whitney, miss Harlow y miss Custer, secretaria del profesor Dening. Mistress Aronson, que era pequeña y gordita, era la encargada de la cocina

El círculo de madera que faltaba en el centro de la mesa subió y se acopló en su sitio llevando el desayuno. Los comensales empezaron a comer con alegría y excelente apetito, sentados alrededor de la mesa.

—A menos que encontremos vacas en Venus, ésta es la última leche fresca que tomaremos en mucho tiempo —dijo mister Peace, llenándose su vaso.

—Así como no tuviste la ocurrencia de llevarte un toro y un par de vacas para establecer un rancho en Venus —observó Erle.

—Lo pensé —repuso mister Peace—. Pero el transporte de ese ganado hubiera creado algunos problemas técnicos que no valía la pena acometer antes de saber si Venus es realmente un mundo apropiado para la cría de reses. Si las condiciones de vida en Venus fueran aceptables, haríamos otro viaje, llevando no sólo ganado vacuno, sino también cerdos, gallinas y ovejas.

—Hablando en serio —dijo Erle volviéndose hacia el profesor Dening —. ¿Con qué probabilidades contamos de hallar vida en Venus? Tengo entendido que los análisis espectroscópicos realizados por la astronomía sólo han tenido como resultado determinar que la atmósfera de Venus sólo contiene oxígeno en proporción quinientas veces menor a la atmósfera de la Tierra.

—Justo —contestó el profesor Dening—. Eso es lo que nos dice el análisis espectroscópico. Más aún: tampoco se aprecian cantidades sensibles de vapor de agua, estando todo agravado por la presencia de anhídrido carbónico.

—Según eso no es probable que podamos criar vacas en Venus.

—Es poco probable, aunque no del todo imposible. Venus procede del mismo núcleo de nebulosas que los demás planetas del sistema, o del mismo Sol, si aceptamos la teoría de la escisión solar. Se comprueba la existencia de oxígeno e hidrógeno en el mismo Sol y en los planetas que tienen atmósfera, y por ello se considera imposible que estos cuerpos no hayan existido alguna vez en Venus.

—Para nosotros, tanto da que no tuviera nunca oxígeno como que lo haya perdido, ¿no es eso? —preguntó Erle.

—No es lo mismo, porque Venus, en un medio de mayor radiación que la Tierra, debe tener una vida geológica más corta y no ha habido tiempo para que fijara sus gases en las rocas, como sin duda ha ocurrido en la Luna y en Marte. Además, de haber ocurrido así, Venus habría fijado toda su atmósfera en el suelo, y no precisa y únicamente el oxígeno y el hidrógeno. ¿No cree?

Erle Raymer sonrió.

—Mi fuerte no es la astrofísica —aseguró—. Prefiero que me diga lo que cree usted.

—Yo creo que si no es posible admitir una diferencia insólita entre los componentes iniciales de las atmósferas de Venus y la Tierra, han de existir en la actualidad esos gases, y, como consecuencia, el vapor de agua.

—Entonces —murmuró Erle perplejo—, ¿es que el análisis espectroscópico se equivoca?[1]

—No, desde luego que no —se apresuró a contestar el astrofísico—. El espectroscopio no puede equivocarse, aunque quizás estemos equivocados al interpretarlo, ya que no sabemos en qué condiciones nos llega la luz reflejada por Venus. Numerosos astrónomos explican el extraordinario poder reflector de Venus por la existencia de una alta capa de nubes semejantes a las que se forman en la atmósfera de la Tierra a menor altura. Esto significaría que la luz que recibimos de Venus es la reflejada en las altas capas atmosféricas, o sea que sólo atraviesa un espesor muy pequeño y enrarecido de aquella atmósfera. El análisis no estaría, pues, equivocado. Sabemos que en las capas más altas de la atmósfera de Venus existe muy poco oxígeno, cosa que ocurre también en la Tierra. Pero eso no nos autoriza a negar categóricamente que la proporción de oxígeno no sea mucho mayor en las capas más bajas.

—¿Cree usted que es así?

—Sí, lo creo —repuso Dening—. Las observaciones directas y los razonamientos genéticos y geológicos de Venus nos indican condiciones semejantes a las terrestres. Teniendo en cuenta las temperaturas, debe existir una intensa evaporación y, por lo tanto, un clima húmedo, lo cual confirma la observación de grandes masas nubosas.

—Ojalá tuviera usted razón —dijo Erle, sintiéndose optimista—. Puesto que Venus es todo cuanto queda de la fortuna de mi tío, lo menos a que puede aspirarse es a que ese planeta sea algo más que un solar inhabitable.

—Pero de ese anhídrido carbónico... ¿qué hay? —preguntó Tony Mills con expresión preocupada.

—¿Le preocupa ese anhídrido carbónico, eh? —exclamó riendo el profesor Hagerman—. No tema, el anhídrido carbónico en sí no es venenoso. No sirve para respirar, pero si en el ambiente existe suficiente oxígeno actúa como gas inerte. Las atmósferas llamadas «viciadas» son nocivas por contener poco oxígeno, ya que por la respiración ha sido convertido en parte en anhídrido carbónico, pero no por la presencia de éste. La Tierra, en su evolución, ha pasado por períodos en los cuales la proporción de anhídrido carbónico en su atmósfera era importante, y a pesar de ello han progresado los animales y las plantas.

—Es más —añadió el profesor Aronson, mediando en la conversación —. Los períodos glaciares de la Era Cuaternaria se explican precisamente por un notable aumento del anhídrido carbónico en nuestra atmósfera, y en ellos ya vivía el hombre, el cual tendría más dificultades en la lucha contra el clima que en la respiración.

—Bueno, bueno —farfulló Tony Mills—. Si ustedes lo dicen...

—A propósito de clima —dijo Erle volviéndose hacia el profesor Dening—. ¿Qué tal resultará el de Venus? Estando cuarenta millones de kilómetros más cerca del Sol, el calor debe ser tórrido allí, ¿no es cierto?

—Si Venus no tuviera una atmósfera, la ley de Stefan nos dice que, teniendo en cuenta la distancia al Sol, la temperatura media del planeta sería de ochenta y cinco grados centígrados. Pero la envoltura de la atmósfera hace descender sensiblemente esta cifra, de lo cual podemos concluir que la temperatura en el Ecuador de Venus sobrepasa solamente en veinte grados la del nuestro.

—Demasiado calor para nuestras vacas, ¿no cree? —preguntó Erle riendo.

—La vida no debe ser muy agradable en las proximidades del Ecuador, si bien encontraremos zonas más templadas, e incluso polares, semejantes a las de la Tierra.

—¡Oh, magnífico! —exclamó Erle—. Ya estoy deseando verme allí. ¿Tardaremos mucho en llegar? ¿Un mes? ¿Dos meses?

—Dos días —contestó el profesor Dening, con pupilas que brillaban de regocijo tras los gruesos cristales de sus gafas.

—¡Cómo! —exclamó Erle—. ¿Bromea?

—No bromeo. Pregúntaselo a miss Harlow, que es quien ha computado el tiempo que invertiremos en el viaje.

Erle Raymer miró a Mildred Harlow por encima de la mesa. Pero la muchacha, que tenía clavadas en él sus hermosas pupilas doradas, apartó la vista en un gesto de enojo.

—Bueno —farfulló Erle prefiriendo quedarse con la afirmación del astrofísico a pedir una aclaración a miss Harlow—. Dos días no es mucho tiempo. Esperaremos a verlo.

# CAPÍTULO V



a primera mañana que Erle Raymer pasó a bordo de la astronave la dedicó a inspeccionarla de un extremo a otro.

En realidad, la palabra «mañana» se aplicaba impropiamente a bordo para designar las horas que iban desde el momento de la partida a las doce en los relojes eléctricos de la astronave. Allí, en el espacio sideral donde se movía el vehículo interplanetario, el Sol y las estrellas brillaban a todas horas en un cielo negro, de una negrura absoluta, profunda y lóbrega. Por lo tanto, era de día en la parte del aparato que tocaba directamente la luz del Sol, y noche en el lado contrario sumido en la sombra.

Sin embargo, y a efectos de orientación, se conservaba a bordo el horario de Nuevo Méjico y se decía que era «de mañana» a despecho de un Sol que brillaría a todas horas hasta su aterrizaje en Venus.

Mister Williams Peace hizo las veces de guía, precediendo a su sobrino a través de todas las dependencias.

Contrariamente a lo que de su actitud anterior pudiera deducirse, Erle Raymer no guardaba ningún rencor a su tío por haber dilapidado una fortuna en una empresa tan poco comercial como el viaje a Venus. Erle partía del razonamiento de que el dinero de su tío era solamente de su tío, y podía hacer con él mangas y capirotes.

Erle no aprobaba la inversión de su tío en esta expedición, como tampoco aprobó dos años atrás su disparatada idea de comprarse una isla desierta del Pacífico. Sin embargo, y entre un capricho y otro, Erle prefería el segundo. Al fin y al cabo, la astronave parecía estar funcionando estupendamente. En último extremo, les quedaba el recurso de recobrar buena parte de los millones invertidos en la venta del aparato a cualquiera de los gobiernos que, sin duda, estarían dispuestos a comprarlo.

La inspección de la astronave empezó por la sala de máquinas. Allí, una poderosa turbina giraba velozmente en un zumbido continuo impulsada por el vapor que generaba una caldera atómica.

—¿Así que la pila atómica existe en realidad? —murmuró Erle sorprendido.

—¿Pues qué creías?

Erle no dijo lo que había creído, por no añadir ultrajes a los insultos que profirió contra el profesor Harlow. Mister Peace explicó.

—Necesitábamos una poderosa fuente de energía eléctrica a bordo y la pila atómica era el sistema idóneo, tanto por su potencia como por su capacidad para funcionar sin consumo de oxígeno. El calor que se origina en el interior de la pila atómica o reactor es absorbido por el agua destilada que le circunda. Esta agua es impulsada por una bomba y sirve para calentar el agua de una caldera, la cual se transforma en vapor. El vapor pone en movimiento esta turbina, la cual está acoplada, como ves, a una dínamo que genera bastante electricidad para crear nuestros campos magnéticos y hacer funcionar todos los demás servicios e instrumentos de a bordo. Este procedimiento se repite constantemente porque el vapor, después de haber servido para accionar la turbina, pasa por un condensador que lo transforma en agua y vuelve a ser llevada por las bombas hasta la caldera.

—Vaya, es ingenioso —murmuró Erle.

—Es, sencillamente, el procedimiento que se está utilizando para las máquinas del submarino atómico, el cual hemos copiado. También la energía atómica servirá para mover nuestras hélices cuando operemos dentro de la atmósfera de Venus.

—¿Hélices? No sabía que lleváramos hélices. Creí que esto era un cohete —exclamó Erle.

—Es un cohete cuando navega por el espacio cósmico, como ahora. Pero para moverse en la atmósfera de un planeta el sistema de propulsión por «hydracin» resultaría demasiado caro. Es más sencillo hacer que la turbina mueva media docena de hélices situadas a popa, en los planos estabilizadores. El campo magnético se encarga de hacernos flotar en el aire como un zeppelín, en tanto las hélices nos impulsan económicamente a una velocidad media de 500 kilómetros a la hora. No es mucho, pero en realidad ninguna prisa nos acucia una vez estemos en Venus.

Desde la sala de máquinas, mister Peace condujo a Erle por una escalera hasta la bodega. El archimillonario había acumulado allí el material más heterogéneo, desde gran cantidad de provisiones a herramientas de toda clase. Mister Peace mostró con orgullo un automóvil «jeep», un tractor agrícola y un transporte «Breen» montado sobre orugas. El «Breen», por cierto, iba blindado y armado de una ametralladora.

—¿Qué significa esto? —preguntó Erle señalando la ametralladora.

—He creído conveniente llevar algunas armas y buena cantidad de municiones, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si encontráramos fieras o habitantes hostiles en Venus, naturalmente.

—Háblame de tus proyectos —dijo Erle—. ¿Te propones realmente colonizar Venus... en el supuesto que él se deje colonizar?

—Sí. Voy a fundar allí un nuevo y moderno imperio. Voy a dejar chiquitas las hazañas de todos los descubridores y colonizadores antiguos, conquistando un nuevo mundo y transformándolo de arriba abajo.

—Donde, por supuesto, tú serás el emperador —dijo Erle con ironía.

—Y tú mi heredero. No creo que esto te disguste.

—Un hombre solo no puede conquistar un mundo, tío. Tendrás que traer colonos de la Tierra para que cultiven los campos, abran carreteras, excaven minas, trabajen los metales y levanten fábricas... Tú no puedes aspirar a poseer un mundo desierto, deshabitado, sin súbditos. Por fuerza, habrás de abrirlo a la inmigración.

—Sí, eso ya lo había pensado. A menos que haya habitantes en Venus, lo cual no es probable, acarrearé de la Tierra nuevos colonos que aspiren a mejorar de vida. ¿Crees acaso que no encontraré a nadie dispuesto a venir a Venus?

—Sin duda, los encontrarás. Pero los emigrantes que se establezcan en tu nuevo imperio traerán consigo sus costumbres, sus leyes y sus inquietudes. Querrán ser hombres libres, y siguiendo su costumbre, se agruparán en pueblos, que luego serán ciudades... en ciudades que más tarde serán naciones, y naciones que serán patria de sus hijos. Quiero decirte con esto que no querrán acatar tu tutela, sino formar sus propias repúblicas independientes. Por lo tanto, tu nombre será recordado con respeto como conquistador de un nuevo mundo. Tu persona tendrá infinidad de monumentos, pero nunca podrás empuñar un cetro de emperador. Los emperadores están pasados de moda. Ninguna colonia que vaya a establecerse en Venus aceptará un emperador. Y si lo tolera al principio por propia conveniencia, no pasarán muchos años sin que se rebelen contra él.

Mister Peace sonrió.

—Te equivocas, y ellos se equivocarán de medio a medio si creen que van a repetirse aquí los errores que han sido causa de la desdicha de la Tierra. Tal y como yo veo Venus en el futuro, no será un globo dividido en razas y naciones antagonistas. En el imperio que yo forme, en el tuyo y en el de tus hijos, no existirán patrias ni fronteras. Todo Venus será un mismo país, con una sola lengua y las mismas leyes para todas las latitudes. ¡Y ay de aquél que intente proclamarse independiente!

—No podrás evitar que se intente una y otra vez.

—Pues evitaré que se salgan con la suya. Y tú lo evitarás también. Nada existe tan odioso ni absurdo como las fronteras, y en Venus no las habrá. Tampoco habrá partidos políticos. La política envenena a los hombres, crea partidismos y retrasa la prosperidad de los pueblos. Mis ideas son claras en este aspecto y no toleraré que nadie las malogre. Desde el emperador hasta el último mono de Venus vivirán dentro de la mayor sobriedad y sencillez. Aquél que acepte venir a mi imperio sabrá de antemano que allí encontrará una casa donde habitar, ropas para vestir y comida abundante para él y su familia. Sabrá que no puede aspirar a hacer fortuna, pero será miembro de una

sociedad en donde del esfuerzo aunado de todos irá saliendo la prosperidad y la comodidad de todos. Ni dinero, ni salarios, ni tiendas. Todo estará equitativamente repartido. Desde su infancia, el venusino será educado en la justicia, la equidad, la generosidad y el amor a su prójimo. Eso es lo que haré. Y como Venus será mío, porque yo lo he descubierto y conquistado rascándome el bolsillo, expulsaré a puntapiés de mi mundo a todos aquéllos que se nieguen a cooperar. Creo que mi política está bien clara, ¿no es eso?

—Sin duda, lo está —contestó Erle con gravedad—. ¡Ojalá pudieras materializar esos sueños!

—Podré, y tú me ayudarás a conseguirlo. No estamos solos para empezar. Con nosotros están el profesor Harlow y el profesor Clancey. Ambos son hombres de ciencia íntegros, de ésos que aspiran a coadyuvar en el progreso de la Humanidad creando inventos que hagan mejor y más fácil la vida del hombre. Como todos los de su gremio, se sienten desilusionados por la aplicación absurda que los hombres dan a sus inventos. Clancey cree que la energía atómica, su especialidad, debería estar beneficiando al mundo en vez de amenazarlo de una destrucción total. No quiere volver a los Estados Unidos para fabricar bombas atómicas o motores atómicos para submarinos. En cuanto a Harlow, teme que el invento de esta astronave le sea arrebatado para ser utilizado como arma de guerra. Podemos contar con ellos.

—Pero los demás...

—Miss Harlow no abandonará a su padre. Rudyard Lodge seguirá a Mildred a donde quiera que vaya, pues parece enamorado de ella. Martindale, mi capataz, y los mexicanos son hombres de toda confianza. El capitán Whitney y su mujer comulgan con nuestras ideas de crear un mundo mejor. Luego, están Watson y ese amigo tuyo llamado Mills. Los demás, son gente que aceptó venir con nosotros por curiosidad científica, por afán de notoriedad o por dinero. Dening, Hagerman y Roswell son de los primeros. Aronson, de los segundos. A los pilotos y a miss Custer los enroló Dening. Todos trabajaban en el mismo observatorio astronómico. Glenbrook, McDermit y McAllister cobraron una buena prima por este viaje. No debemos contar con ellos, sino sustituirles con personal de nuestra confianza en el segundo viaje.

—Supongamos que no hay segundo viaje. Supongamos que Venus no es susceptible de ser habitado. En nuestro sistema solar no existe ningún otro planeta capaz de albergar la vida. ¿Qué harías de esta astronave? ¿Venderla al Gobierno americano quizás?

—Harlow, Clancey y yo estamos ligados por un contrato. La astronave es mitad mía, una parte de su inventor y otra parte de Clancey, que construyó la pila atómica. Yo no podría vender el aparato, aunque quisiera, y no quiero hacerlo. En una cosa estamos de acuerdo, y es que la astronave será destruida si llega un día en que ya no nos sirva para nada.

Mister Williams Peace miró sobriamente al tractor, al «jeep» y todo el heterogéneo material acumulado en la bodega de la astronave.

—Pero ese momento no llegará —aseguró con energía, como si

quisiera forzar al destino para que no llegara nunca—. Venus será un planeta habitable. ¡Tiene que serlo!

Los dos hombres prosiguieron la inspección de la astronave. Desde la bodega, el ascensor les elevó a la cabina número 3. Ésta era idéntica en tamaño a las otras dos. Su piso superior estaba totalmente ocupado por un bien provisto laboratorio; era de lo más variado, completo y moderno que se conocía.

Una escalerilla llevaba del laboratorio a la mitad inferior de la esfera, ocupada por un dormitorio común de doce literas. Martindale y los cuatro mexicanos del rancho «Las Cruces» estaban durmiendo como lirones.

Dejando dormir a sus hombres, mister Peace llevó a Erle hasta la cámara de derrota. Robert Dodson fumaba tranquilamente repantigado en su sillón, sin tocar los mandos. En la pantalla de televisión la Tierra era a modo de un gran disco brillante, en donde se apreciaba el contorno de los continentes que bañaba el inmenso océano Pacífico.

Erle Raymer se quedó un buen rato contemplando aquella imagen, preguntándose si no estaría siendo víctima de una terrible pesadilla.

No se experimentaba a bordo ninguna sensación de velocidad. El piso era tan firme como una roca y no se percibían vibraciones ni más ruido que el suave zumbido de la turbina y el generador de electricidad.

—¿No vamos muy despacio? —preguntó Erle—. A esta velocidad no es posible que lleguemos a Venus en cuarenta y ocho horas

El piloto sonrió.

—Se reiría usted si supiera a qué velocidad hemos despegado —dijo.

—Me gustaría saberlo.

—Salimos a la «espantosa» velocidad de un metro por segundo.

—¡No me diga!

—La pura verdad. Nos costó hora y media alcanzar los diez kilómetros de altura. En aquel momento, sin embargo, llevábamos una velocidad de cuatro metros por segundo. Una hora más tarde alcanzábamos los cien kilómetros de altura, a una velocidad de cincuenta metros por segundo. En este momento subimos a razón de seis mil quinientos metros por segundo. A medida que nos alejamos de la Tierra disminuye la fuerza de gravedad de ésta y nosotros aumentamos de velocidad en la misma proporción. Dentro de dos horas nos encontraremos a cien mil kilómetros de la Tierra y llevaremos una velocidad de más de treinta y seis kilómetros por segundo. A partir de esa distancia la gravedad es prácticamente nula y la astronave aumenta su velocidad en nueve, coma, ochenta y un metro cada segundo, es decir, como si cayera libremente sobre la Tierra. En realidad, caemos hacia el punto neutro, a donde llegaremos con setecientos kilómetros por segundo en veinticuatro horas y veintidós minutos, contando desde la hora de salida.

—En ese punto invertiremos la posición de las cabinas y empezaremos la maniobra de frenado para aterrizar en Venus, después de

otras veinticuatro horas de vuelo —agregó mister Peace presuntuosamente.

Erle, cuyo fuerte no eran las matemáticas, aceptó sin hacer objeciones las cifras de Robert Dodson y acompañó a su tío en la inspección del último departamento, o sea el que estaba inmediatamente debajo de la cámara de derrota.

Como en la cabina número 3, un dormitorio ocupaba el espacio con diez literas en torno al quiosco central, que, sirviendo de sostén al piso de la cabina superior, alojaba dentro un pequeño laboratorio.

Las literas estaban superpuestas por parejas y tenían cortinillas como un coche cama de ferrocarril. La mayor parte de la tripulación de la astronave descansaba del ajetreo del último día y la emoción de las primeras horas del viaje.

Erle Raymer, que también estaba cansado, pidió permiso a su tío para echarse a dormir.

—Sí —dijo mister Peace—. Vamos a descansar un rato. Éstas son nuestras literas. Tú dormirás arriba.

Erle entró en el lavatorio y luego se encaramó a su litera. Momentos después estiraba en el mullido lecho sus jóvenes músculos liberados de la tortura de las ropas.

Intentó dormir, pero más que dormir, lo que necesitaba era una ocasión de poner en orden sus ideas. He aquí que se veía, sin quererlo, a bordo de una fabulosa astronave viajando a velocidades fantásticas a través del espacio en dirección a Venus. No era para echarse a dormir tan tranquilo. Aquello no ocurría todos los días.

Como futuro heredero de un mundo, Erle se sentía bastante pesimista. Venus, con toda seguridad, era un planeta deshabitado e inhabitable. Tío Willie no iba a poder realizar su sueño, con lo que el mundo se perdería la ocasión de ver a un moderno Colón empeñado en fiera lucha con la naturaleza y los instintos humanos para transformar «su» mundo en una especie de paraíso terrenal.

Lástima grande, sin duda, aunque también final lógico de una aventura disparatada. A lo que Erle podía recordar de sus lecciones de Historia, ningún descubridor de mundos ni colonizador de tierras vírgenes tuvo un fin envidiable. Éste sería el caso de tío Willie.

Y para los disgustos y sinsabores que el empeño iba a acarrearle, más valía que Venus fuera un mundo inhóspito y la expedición regresara a la Tierra.

Barajando rostros y escenas, mezclando pensamientos propios y teorías de sus compañeros de aventuras, Erle Raymer acabó por dormirse evocando la encantadora imagen de Mildred Harlow.

Cuando despertó eran las seis de la tarde, y por los altavoces instalados en todas las dependencias sonaba el batintín llamando al comedor.

La vida a bordo era confortable. Los pasajeros no sentían ninguna molestia física, se movían de un lado a otro como si estuvieran en tierra firme,

disfrutando de una temperatura agradable, y respiraban un aire tan puro como el que más.

El problema de la respiración había sido resuelto fabricando oxígeno del agua por electrólisis[2]. El agua y la electricidad no faltaban a bordo, sino que, por el contrario, eran abundantes.

La atmósfera de las cabinas era purificada constantemente haciendo circular el aire a través de filtros que contenían cal para absorber el anhídrido carbónico, y ácido sulfúrico para destruir la materia orgánica. Luego, se enriquecía con nuevo oxígeno y se aromatizaba con extracto de pino.

La tripulación disponía de buenos libros y diversidad de juegos de salón para distraer su ocio. Pero, en general, la mayoría de la gente estaba demasiado ocupada para aburrirse.

Los pilotos Robert Dodson y Martín Archer se relevaban ante los mandos del aparato. Lodge y McDermit vigilaban la parte eléctrica de la instalación. McAllister, la parte mecánica, y Clancey, la pila atómica, relevado a intervalos por el profesor Harlow. Glenbrook no perdía de vista la pantalla de radar, siempre alerta por si algún meteorito aparecía en la trayectoria del cohete. Aronson, le sustituía a ratos.

El profesor Dening hacía continuas observaciones del espacio. Miss Harlow medía triángulos con vértice en el Sol, Venus y el propio vehículo para calcular la posición, distancia y velocidad. La señora Aronson y la señora Whitney, cocinaban. Watson se encargaba de hacer las camas, y los mejicanos hacían de todo: desde pelar patatas a fregar platos, echando una mano aquí y otra allá.

En el laboratorio, el profesor Hagerman y el profesor Roswell ponían en orden sus instrumentos y sacaban otros muchos que todavía estaban embalados. Tony Mills les ayudaba a arrancar clavos y limpiar matraces y tubos de ensayo.

Mister Peace y el capitán Whitney repasaban la lista pedido, comprobándola con la lista del situado a bordo. Erle se ofreció a ayudarles, llegando de este modo a un conocimiento más completo del material disponible para cualquier emergencia.

A las 5:30 de la mañana, o sea a las 24 horas de haber despegado de Elephant Butte (Nuevo Méjico), los altavoces gritaron:

—¡Atención! ¡Todos los miembros de la tripulación! Tengan la bondad de ir a echarse a sus respectivas literas. Dentro de 20 minutos habremos llegado al punto neutro y efectuaremos la maniobra de volteo para empezar a frenar.

La tripulación abandonó sus tareas, y todos, a excepción de los pilotos, fueron lentamente a echarse en sus literas. Éstas habían sido equipadas con fuertes cinchas.

—¿Es peligroso ese momento? —preguntó Erle cuando se amarraba a su litera.

—Sufriremos un ligero y breve trastorno —dijo el profesor Harlow

desde la litera contigua.

Los altavoces empezaron a llevar la cuenta de los minutos, y luego de los segundos que faltaban.

«Tres minutos... dos minutos... un minuto... cincuenta y nueve segundos... cincuenta y ocho... cincuenta y seis...»

Tony Mills, que ocupaba una litera encima del profesor Harlow, miró a Erle asustado.

—¡Y pensar que hubiera podido ahorrarme todo esto, simplemente con separarme de ti en la estación de Engle!

—¿Qué clase de trotamundos es usted? —refunfuñó mister Peace—. Debiera sentirse orgulloso de poder hacer honor a su nombre rodando de un mundo para otro.

Tony Mills no contestó porque la cuenta de los segundos que faltaban estaba llegando a su término.

«Ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... ¡Vuelta!»

Un velo negro descendió sobre los ojos de los pasajeros. Sus piernas y sus brazos se hicieron extraordinariamente pesados. El estómago pareció subir hasta sus gargantas.

Fue sólo cuestión de unos breves segundos. Aun sin sentirlo, las tres cabinas esféricas dieron media vuelta sobre sus ejes. Instantáneamente desapareció el malestar que sentían y los altavoces gritaron:

—Maniobra de volteo concluida. Hemos empezado a frenar. ¡Estamos cayendo hacia Venus!

—¡Dios mío! —exclamó Mills—. ¡Nos vamos a estrellar!

—No sea idiota, amigo —gruñó mister Peace—. «Caer» quiere decir sencillamente que «bajamos» hacia Venus con los pies por delante. En veinticuatro horas alcanzaremos la meta.

Erle se quedó en la litera para dormir, y Mills, Whitney, mister Peace y los que no estaban de guardia le imitaron.

Cuando cinco horas más tarde se levantaron para desayunar, Venus aparecía en la pantalla de televisión como un disco muy brillante, un poco más pequeño que la Luna. La próxima arribada a Venus era considerada a bordo como un hecho inminente, que se traslucía en una excitación y alegría general.

Quien más, quien menos, se sentía parte de la gloria que iba a corresponderles como descubridores de un nuevo mundo. Cristóbal Colón y los que le acompañaron en el memorable descubrimiento de América no podían haberse sentido más emocionados y conscientes de la trascendencia de su viaje que estos arriesgados astronautas; entre otras cosas, porque Colón y los suyos ignoraban que iban a abrir para la humanidad las puertas de un nuevo y extenso continente.

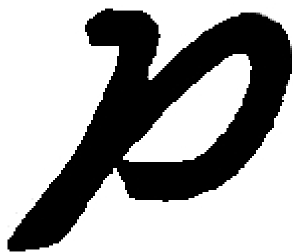
Los astronautas sabían que su nuevo mundo existía. La única incógnita, si aquel mundo era o no habitable, se escondía tras el denso velo de nubes que envolvía al misterioso planeta. Era sólo cuestión de tiempo

atravesar el velo del misterio.

En la creciente ansiedad, las horas que faltaban para llegar a Venus se hicieron extraordinariamente largas. Precisamente ahora y a causa de ir frenando constantemente, la velocidad desminuía y el planeta crecía de tamaño con progresiva lentitud. Pero dando tiempo al tiempo, hora tras hora y minuto tras minuto, Venus fue hinchándose como un globo hasta que sus bordes anubarrados rebasaron la amplitud de las pantallas de televisión.

El momento había llegado.

# CAPÍTULO VI



ara momento tan histórico, Erle Raymer había vestido su llamativo traje «interplanetario». Durante las últimas 12 horas el joven se estuvo adiestrando en el manejo de su equipo especial «de vacío».

El traje de vacío era una pintoresca mezcla de equipo de vuelo de piloto supersónico y astronauta de las historietas de Flash Gordon y Buck Rogers. Consistía exactamente de un traje de plástico sobre otro traje de caucho ceñido al cuerpo. Una escafandra de titanio con frente de cristal azul, dos botellas de oxígeno sobre la espalda unidas por un tubo a la escafandra y una diminuta emisora de radio con alcance para cinco millas completaban el atavío.

El traje se hinchaba de aire a presión y mantenía en una hermética atmósfera artificial al hombre equipado con él. Este traje sería utilizado por los astronautas en el caso que la atmósfera de Venus careciera de oxígeno o de la adecuada presión para la salud del terrícola.

Cuando Erle Raymer subió a la cámara de derrota procedente del dormitorio, un grupo de hombres se inclinaba ansiosamente sobre los hombros de los pilotos mirando a la gran pantalla de televisión. El cohete se aproximaba a la capa de nubes que envolvía al planeta, pudiendo asegurarse que la maniobra era seguida con igual emoción por el resto de los tripulantes desde los aparatos de televisión instalados en las cámaras 2 y 3.

Aunque la excitación era visible y común en todos los astronautas, ninguno estaba tan nervioso como mister Williams Peace. A éste se le veía pálido, respirando entrecortadamente, mordiéndose las uñas y dando, en general, muestras de estar sufriendo un horror.

—Tu ilustre tío se morirá de un patatús si ese dichoso planeta no es como él quiere que sea —murmuró Mills al oído de Erle.

El joven miró a su tío muy preocupado. Conociéndole como le conocía Erle sabía que su tío no podría resistir el berrinche de ver sus sueños despedazados. En consecuencia, Erle empezó a preocuparse seriamente por los sucesos inmediatos.

La astronave «caía» en picado hacia la envoltura vaporosa de Venus.

El propósito de los astronautas era levantar la proa del aparato en cuanto ésta penetrara en capa de nubes, hacer girar las cabinas 45 grados, poner en marcha las seis hélices emplazadas a popa y planear lentamente hasta que las nubes se desgarraran permitiéndoles una observación directa del suelo del planeta.

En medio de expectación tensa y electrizante, las nubes subieron al encuentro del aparato hasta chocar en el cristal del objetivo de la cámara televisora. La cabina había quedado quieta después de las últimas instrucciones del profesor Harlow a los pilotos y no se escuchaba más ruido que el lejano zumbido de la turbina y el tintineo del eco del «sonar».

«Tin... in... in».

El eco rebotaba en la superficie de Venus y regresaba al aparato emisor.

—Altura, treinta kilómetros —anunció Glenbrook.

—Vaya levantando la proa del aparato, Archer —ordenó el profesor Harlow.

El piloto empuñó una palanca y tiró suavemente hacia sí. El piso de la cabina tomó una ligera inclinación, que Dodson corrigió enseguida haciendo funcionar los motores eléctricos que accionaban sobre los ejes de las cabinas esferoidales.

En la pantalla de televisión, la niebla iba haciéndose más espesa.

—Visibilidad nula —dijo Dodson.

—Sigo compensando —anunció Archer.

—Altura, veinticinco kilómetros.

—Embraguen las hélices —ordenó Harlow.

Transcurrieron unos minutos.

—Hélices embragadas están funcionando —anunció McAllister.

—Compense.

—Compenso.

—Inclinación sobre la vertical.

—Cuarenta y cinco grados.

—Siga compensando.

—Altura, veinte kilómetros. No avanzamos.

—Es natural —dijo Aronson—. A esta altura el aire es demasiado sutil para que las hélices hagan presa en él.

El aparato quedó en posición vertical. Seguían bajando con lentitud.

—¡Nos movemos! —gritó Glenbrook—. ¡Ahora estoy completamente seguro!

Erle miró la pantalla de radar. En el cristal verde parecían desplazarse con lentitud algunas manchas fluorescentes que para Erle no tenían ningún significado.

—¿Qué ve usted en el radar? —preguntó.

—Montañas —contestó Glenbrook.

—¿A qué altura volamos?

—A dieciséis mil metros.

—Apresure un poco el descenso, Archer —gruñó mister Peace comiéndose las uñas—. O no vamos a llegar nunca al suelo.

Siguieron unos minutos de profundo silencio. Glenbrook anunció encontrarse a 10.000 metros de altura. La atmósfera era tan densa en la cámara de derrota que daba la impresión de poderse cortar con un cuchillo.

A los seis mil metros de altura la visibilidad continuaba siendo nula.

—Desembraguen las hélices —ordenó mister Harlow con acento irritado—, no podemos correr el albur de estrellarnos contra algún picacho.

—Hélices desembragadas.

—¡La niebla aclara!

—¡Altura cuatro mil quinientos!

Contra el cristal de la cámara de televisión se estrellaban las caprichosas vedijas de las nubes.

—Siga bajando, Archer —gritó mister Peace con voz quebradiza a causa de la emoción que le dominaba.

Sin saber cuándo había comenzado, Erle Raymer se encontró retorciéndose las manos nerviosamente.

—¡Altura, cuatro mil metros!

—La niebla sigue aclarando...

En efecto, la niebla parecía menos espesa. A través de ella, confusamente, se entreveían masas de color verde.

—Estoy seguro de que esta niebla está producida por el vapor de agua —casi gritó Aronson en su excitación—. Con toda certeza, la evaporación es tan intensa en esta zona que la niebla llega hasta el suelo.

—En efecto —dijo el profesor Dening—. Nos encontramos aproximadamente en la línea del Ecuador venusino.

—¡Miren, miren! —gritó Dodson. Pero los alaridos del piloto eran innecesarios, porque todos podían ver lo mismo que él. A través del ambiente cargado de vapor de agua, la mirada distinguía en el suelo la alfombra mullida y verde de una selva lujuriante.

—¡Árboles... plantas! ¡Luego hay vida en Venus! —gritó mister Peace roncamente.

—Al menos hay vida vegetal —dijo el profesor Hagerman riendo muy nervioso.

La astronave descendía verticalmente sobre la selva inmensa, la cual se dejaba ver por momentos con mayor claridad. Mister Peace, pálido de emoción, se agarraba con fuerza al respaldo del sillón de Archer. Respiraba con dificultad. Erle, temiendo que fuera a desmayarse, se mantenía cerca de él vigilándole con el rabillo del ojo.

Pero mister Peace no se desmayó, entre otras cosas, porque gozaba de una vitalidad extraordinaria.

—¡Pronto, Aronson! —gritó—. ¡Corra al laboratorio, tome una muestra de aire y analícelo mientras aterrizamos!

—Espere, yo voy con usted —gritó el profesor Hagerman saliendo en persecución de Aronson.

—Embrague las hélices y busque por ahí un puesto adecuado para aterrizar, Archer —ordenó mister Peace. Y volviéndose hacia su sobrino le asió con fuerza por los brazos exclamando—. ¡Hemos triunfado, Erle! ¡Estoy seguro de que Venus contiene en su atmósfera tanto oxígeno como pudiera desearse!

—También podría contener algún gas nocivo para la respiración —contestó Erle en un esfuerzo por contener el torrente desbordado del entusiasmo de su tío.

—¡Vete al diablo, ave de mal agüero! —masculló el archimillonario apartando al joven de un empellón.

La astronave, impulsada de popa por sus seis hélices accionadas por la energía atómica, surcaba con la majestuosidad de un gigantesco dirigible aquella atmósfera densa y neblinosa.

—Descienda a mil metros, Archer —ordenó mister Peace—. Busque un espacio libre donde podamos aterrizar.

El cohete siguió descendiendo y se estabilizó a los mil metros de altura. El capitán Whitney, Roswell y la señora Aronson entraron en la cámara de derrota y felicitaron a mister Peace estrechándole la mano.

—Todo parece indicar que la vida es perfectamente posible en este planeta —manifestó el antropólogo.

—¿Existe alguna posibilidad de que encontremos criaturas humanas? —preguntó Erle.

Roswell movió negativamente la cabeza.

—No lo creo —dijo—. En la evolución de los planetas influye en primer término su masa. Suponiendo que todos los planetas de nuestro sistema comenzaron su vida geológica al mismo tiempo, el enfriamiento de sus masas es tanto más lento cuanto más voluminosa es su masa. Esto es fácil de demostrar poniendo como ejemplo a la Luna, astro muy pequeño que se ha enfriado rápidamente fijando su atmósfera en las rocas del suelo. Le sigue en tamaño Mercurio, el cual se encuentra en las mismas condiciones que la Luna. Marte, un poco mayor, es un planeta moribundo, que ha fijado ya la mayor parte de su atmósfera en el suelo. Los grandes planetas exteriores, en cambio, llevan un considerable retraso y son todavía masas ígneas en estado semifluido...

—Pero Venus y la Tierra son aproximadamente iguales —dijo Erle—. Por lo tanto, los dos planetas deben haber evolucionado al mismo tiempo correspondiéndose sus diversas eras hasta el presente. Y si en la Tierra hay seres humanos...

—Sería muy aventurado pronosticar que en Venus existen seres humanos, simplemente porque en la Tierra también los hay —interrumpió el profesor Roswell sonriendo—. En realidad la evolución de Venus ha debido de ser algo más lenta que la terrestre, debido a la mayor radiación solar de que

disfruta. Y la aparición del Hombre sobre la Tierra es tan reciente que, a poco que se haya retrasado Venus, nos quedamos sin venusinos.

—¿Llama usted «reciente» a la aparición del hombre en la Tierra? ¿Qué es entonces un millón de años?

—En la edad de la Tierra un millón de años no representa nada. La Tierra cuenta alrededor de dos mil millones de años. Bastaría una diferencia de cien mil años de edad entre la Tierra y Venus para que la fauna y la flora de este mundo fueran iguales a las que tenía el nuestro antes de la época del hombre de Neandertal. Sería un mundo en período glacial, con habitantes de las cavernas, con mamuts y rinocerontes de largo vello. Pero Venus es, sin duda, cientos de miles de años más joven que la Tierra. Aquí aun están por venir los saurios gigantescos de la Edad Media de la Tierra y los bosques de la época del carbón fósil habrán de constituir las formas de vida actual de este planeta, como espero comprobar dentro de unos momentos.

El profesor Roswell señaló la pantalla de televisión. En el intervalo, Archer había encontrado algo así como un claro de la selva y estaba levantando la proa del aparato para posarse verticalmente sobre el suelo. Dodson compensaba la progresiva verticalidad del gigantesco huso metálico haciendo girar las cabinas sobre sus ejes, de forma que el piso estaba siempre en posición horizontal con la superficie del planeta.

A los mil metros de altura el cohete quedó en posición vertical y empezó a descender sobre el calvero.

—Hay una fuerte corriente de aire soplando del este —murmuró Archer mientras bregaba con los mandos para que el viento no le empujara más allá de donde quería aterrizar.

—Bajemos al laboratorio —dijo mister Peace con impaciencia—. Esos malditos sabios están tardando demasiado en dar los resultados de su análisis.

Erle, Whitney y Tony Mills siguieron a mister Peace hasta el ascensor. Un minuto más tarde entraban en la cabina núm. 3. Hagerman y Aronson trabajaban allí afanosamente; el uno analizando el aire; el otro examinando los instrumentos de medida, tales como barómetros, higrómetros y termómetros.

—¿Se sabe algo o no se sabe nada? —entró preguntando mister Peace.

Hagerman levantó los ojos y sonrió.

—No podrá quejarse por la proporción de oxígeno de este aire. Por lo menos es tan respirable como el de nuestra atmósfera terrestre. La proporción de anhídrido carbónico es muy considerable, como suponíamos, pero no debemos preocuparnos por eso.

—¡Dios es bueno! —exclamó mister Peace roncamente. Y buscó apoyo en el brazo de Erle.

Tony Mills cogió un taburete y corrió a ponerlo detrás del archimillonario, esperando que éste se desmayaría. Pero mister Peace se

rehizo enseguida de su emoción y miró a Aronson.

—¿Podemos desembarcar?

—Creo que sí. La presión atmosférica vale setecientos veinte milímetros; o sea, solamente cuarenta menos que la terrestre. La humedad es muy intensa y el termómetro señala sesenta grados centígrados.

—Es cuanto necesitaba saber. Vamos, Erle —dijo mister Peace. Y asomándose a la escotilla del dormitorio, donde sus hombres seguían la maniobra del aterrizaje por televisión, gritó—: ¡Arriba, Martindale! Vamos a desembarcar.

El capataz y los cuatro mexicanos siguieron a Erle y a mister Peace hasta el compartimiento donde se guardaba el material. Allí se les reunió Mills, el capitán Whitney y el profesor Roswell.

—¿Qué armas convendrá llevar, capitán Whitney? —preguntó mister Peace.

—Se lo diría si tuviera idea de la clase de enemigo que podemos encontrar.

Erle miró a Roswell.

—¿Usted qué dice?

—Si, como supongo, Venus atraviesa por un período de su evolución anterior a la edad carbonífera, todo lo que cabe esperar es un encuentro con ciertas especies de insectos gigantes.

—Lo más a propósito, entonces, será llevar escopetas con cartuchos de postas —dijo Whitney.

Mientras los mexicanos se armaban como para ir a una guerra la astronave se posó en tierra con un suave choque seguido de un crujido. El profesor Harlow, su hija y Rudyard Lodge bajaron también hasta la cabina.

—Vamos a abrir la puerta —dijo mister Peace dirigiéndose hacia el botón eléctrico contiguo a la compuerta.

Con las armas en las manos, el grupo aguardó expectante mientras el archimillonario pulsaba el botón.

Se escuchó el zumbido del motor eléctrico que descorría los robustos cerrojos, y enseguida una gran sección del casco de la astronave cayó lentamente hacia afuera.

La rendija de luz natural fue ensanchándose y ante los maravillados ojos de los astronautas apareció una densa masa de verdor.

La compuerta se abrió totalmente y quedó suspendida de dos fuertes cadenas de acero formando a modo de una ancha plataforma.

Un soplo de aire caliente, pegajoso y húmedo penetró en la cámara y acarició los rostros de los terrestres, rígidos por la emoción. Erle Raymer aspiró aquel aire por la nariz. Olía a flores, a plantas y a materias orgánicas en descomposición.

Lanzando una ronca exclamación de alegría, mister Peace aspiró aquel aire denso y avanzó hasta el borde de la plataforma. Erle le siguió y se detuvo a su lado. Los dos hombres cambiaron una mirada de inteligencia.

«¿Qué me dices ahora?», preguntaban los ojos de mister Peace.

Y los de Erle contestaban: «¡Magnífico! Eres grande, tío Willie. Esto es estupendo».

El archimillonario se volvió hacia el grupo que esperaba en emocionado silencio y gritó:

—¡Lo conseguimos! ¡Hurra!

Los astronautas pestañearon con rapidez y gritaron: «¡Hurra!»

—Vamos a desembarcar.

Una escala de cuerda con escalones de bambú fue hecha rodar por la plataforma y se precipitó por el borde de ésta desenrollándose en el vacío hasta tocar en tierra. Mister Peace, que no estaba dispuesto a ceder a nadie el honor de ser el primero en pisar el suelo de Venus, se echó su escopeta al hombro y bajó por la escalera.

Erle Raymer le siguió, siendo el segundo hombre de la Tierra que apoyaba sus pies en la firme corteza del planeta virgen. Apenas Williams Peace llegó al suelo tomó la escopeta, dio con la culata un fuerte golpe contra el piso de roca y gritó a voz en cuello:

—*Yo, Williams Peace Lyman, ciudadano de los Estados Unidos de Norteamérica del Planeta Tierra, tomo posesión de este mundo conocido por Venus, en el nombre de Dios y ante testigos.*

Luego, en medio de un silencio impresionante, Williams Peace se arrodilló, hizo la señal de la cruz y oró religiosamente dando gracias a Dios por el feliz viaje e invocando de su Bondad dicha y prosperidad para el nuevo mundo cristiano.

Sintiéndose un poco en ridículo, Erle esperó hasta que su tío, después de persignarse, se puso nuevamente en pie.

—¿Crees que tienes derecho a tomar posesión de este planeta? —le preguntó—. ¿Y si Venus estuviera habitado?

—¿Y si te marcharas a paseo? —contestó mister Peace—. Voy a tener que arrepentirme de haberte traído si no acabas de pronosticar calamidades.

—Puede estar tranquilo en lo concerniente a los habitantes de Venus, señor Peace —dijo el profesor Roswell mientras bajaba por la escalera de cuerda en pos del profesor Harlow—. Esos árboles son helechos gigantes, los mismos que en la Tierra formaron los actuales yacimientos de hulla varios centenares de miles de años antes que el hombre primitivo apareciera en nuestro mundo.

—Ya estás enterado —concluyó mister Peace volviéndose hacia Erle.

—Bueno —dijo Erle encogiéndose de hombros—. ¿Qué se hace después de la toma de posesión de un planeta?

—Se explora —aseguró mister Peace.

—¿Para qué vamos a explorar este infierno? —dijo Erle secándose con la manga el sudor que empezaba a chorrearle por la frente—. Si todo Venus es como esto estamos apañados. Nadie podrá vivir en esta atmósfera de horno más de una hora.

—Soy de la opinión que, puesto estamos aquí, debemos hacer una rápida pesquisa por estos contornos y despegar luego en busca de una región menos calurosa en las cercanías de los polos —dijo el profesor Hagerman.

Los demás se mostraron de acuerdo. Debían tomarse muestras de plantas y tirar varias fotografías para tomar constancia de hecho tan histórico como la llegada del terrícola a Venus.

Toda la tripulación estaba ya en tierra cuando Aronson, instituido fotógrafo de la expedición, montó sobre un trípode una cámara fotográfica con disparador automático mientras se formaba el grupo al pie del cohete interplanetario. Luego, Aronson corrió para ponerse en pose, el objetivo se disparó y quedó hecha la fotografía.

Se formó enseguida el grupo explorador con la prestación voluntaria de miss Harlow, miss Custer, el profesor Hagerman, el profesor Roswell, Rudyard Lodge y el capitán Whitney. Mister Peace, naturalmente, iba al frente con la animación de un chicuelo al que acaban de hacerle un regalo. Erle se fue con su tío, y Martindale y los cuatro vaqueros mexicanos, por solidaridad, marcharon con su patrón.

Parecía a primera vista imposible penetrar en aquella selva intrincada, formada de helechos de cincuenta metros de altura, palmeras exóticas y plantas gigantescas. El follaje de esta vegetación exuberante formaba una techumbre de continuo removida por el viento a gran altura por encima de las cabezas de los expedicionarios.

Semejantes a colosales serpientes, lianas del grosor de un muslo humano se enrollaban y trepaban troncos arriba. Otras cien especies distintas de plantas trepadoras cubrían por igual los troncos y se enrollaban a las lianas formando guirnaldas de policromos colores.

En la eterna noche verde, entre los árboles gigantes, crecían, disputándose cada palmo de terreno, matorrales de una exuberancia extraordinaria, con tallos del grosor de una pulgada y hojas que remedaban el varillaje de una sombrilla.

Un vaho caliente y asfixiante, mezcla de olor a podredumbres y a efluvios de perfumes enervantes, brotaba del terreno húmedo y esponjoso, en el cual se hundieron los terrícolas hasta la rodilla apenas abandonaron la peña del calvero.

Parecía inútil e incluso temerario internarse en este infierno verde y susurrante, de cuyo suelo brotaban nubes de vapor. El calor era sofocante. Los terrícolas no habían avanzado veinte pasos cuando ya tenían las ropas empapadas, pegadas al cuerpo por el sudor.

Miss Christina Custer se sintió mareada y buscó apoyo en Erle Raymer, que iba a retaguardia cerrando la marcha con uno de los mexicanos.

—¿Se siente mal, señorita Custer? —preguntó Erle solícito rodeándole el talle con su brazo.

—Creo... creo será mejor que vuelva atrás —murmuró la joven.

Miss Harlow, que iba también a retaguardia con Lodge, retrocedió

unos pasos para ver qué ocurría.

—Sí —dijo Erle—. Será mejor que vuelva al cohete. Y también usted debiera desistir de esta excursión, miss Harlow.

—¿Quiere que le acompañe, Chris? —preguntó miss Harlow solícita.

—No, no... Yo... volveré sola. Está... está cerca —murmuró la secretaria.

—Vamos —dijo Erle—. Yo la acompañaré. ¿Viene usted, miss Harlow? Esta excursión es absurda, no...

—Si usted acompaña a Christina yo seguiré adelante —cortó miss Harlow con aspereza.

—Haga usted lo que quiera —murmuró Erle alzándose de hombros—. Venga por aquí, Christina. Apóyese en mi brazo. Dile a mi tío que regreso al cohete, Ramírez.

El mexicano asintió y miss Custer y Erle desandaron el camino hasta el calvero. Fue en este momento cuando escucharon aquel chirrido especial. Parecía el canto de una gigantesca cigarra. En la quietud agobiante de la selva virgen, este ruido sonó como una remachadora.

Ya en el linde de la jungla, a la vista del colosal cohete interplanetario, Erle se detuvo para mirar atrás. El extraño chirrido cesó enseguida.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó miss Custer mirando a la cara de Erle—. Parece como si cantara un grillo.

—Exactamente una cigarra, Christina. Eso es lo que parece, si bien ninguna cigarra de las que yo he oído en la Tierra cantaba tan alto y tan fuerte.

El rechinante canto de cigarra volvió a oírse, esta vez en el extremo opuesto del calvero. Al pie del cohete había un pequeño grupo formado por Aronson, el profesor Harlow, el profesor Dening y Tony Mills. Todos éstos miraban en la dirección que sonaba el extraño canto de la cigarra, el cual cesó enseguida.

Erle y Christina Custer cruzaron el calvero hacia la astronave, la cual se erguía maciza e imponente como un rascacielos cuyo extremo, sobrepasando en el doble la altura de los mayores árboles, se difuminaba en aquella atmósfera sobrecargada de vapor de agua.

Antes que Erle y Christina Custer llegaran al pie del cohete volvió a rechinar la cigarra, ahora por la izquierda. Los dos jóvenes llegaron hasta el grupo.

—¿Qué le parece ese ruido, profesor Dening? —preguntó Erle dando muestras de intranquilidad—. Parece como si un enjambre de cigarras nos estuviera rodeando, ¿no cree?

—La época de los bosques carboníferos se distinguió por el extraordinario desarrollo que alcanzaron los insectos —repuso el sabio—. Es posible que haya cierto número de cigarras gigantes a nuestro alrededor, si bien sería absurdo atribuirles nociones de táctica suficientes para cercarnos con alguna intención preconcebida.

—Si existen insectos gigantes también pudiera ser que esos insectos tuvieran una inteligencia más desarrollada que la común.

El profesor Dening sonrió burlón.

—Bueno —farfulló Erle sintiéndose ofendido—. No importa. Vamos, Christina, le ayudaré a subir la escalera.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Dening reparando en la palidez de su secretaria.

Erle se lo explicó mientras trepaban por la escalera en pos de la muchacha que lo hacía con lentitud y dificultad:

—Hace un calor horrible dentro de esa selva. Christina tuvo un vahído y desistió seguir adelante. Yo...

Un fuerte estampido cortó la explicación de Erle. Enseguida, otro. Enseguida, un tercero seguido de otros siete u ocho que sonaron casi a la vez. Se trataba del inconfundible disparo de casi una docena de escopetas.

Erle se detuvo mirando en la dirección que sonaban los disparos. Una pistola ametralladora crepitó rápidamente entre las espesuras. El capitán Whitney era el único que iba armado de pistola ametralladora.

Desde el pie del cohete, el profesor Dening y el profesor Harlow, Aronson y Tony Mills miraban con alarma hacía la cercana selva.

La ametralladora tableteó a cortas ráfagas durante unos segundos. Se escuchó un agudo grito de mujer, seguido del disparo de otro escopetazo. Todos estos ruidos llegaban distintamente, si bien como aspirados por la espesura de la floresta.

—¡Mildred! —gritó Harlow. Y echó a correr desatentadamente hacia la selva.

—¡Harlow! —gritó Dening—. ¡Venga acá, Harlow!

Erle también gritó:

—¡Espere, Harlow!... ¡Voy con usted!

De pronto, algo salió silbando de la espesura de la selva y alcanzó al profesor Harlow en el pecho.

# CAPÍTULO VII



l profesor Harlow se detuvo en seco, levantó los brazos y cayó de espaldas al suelo. De su pecho sobresalía casi dos metros el asta de una jabalina.

Erle Raymer, que había comenzado a bajar la escalera, se detuvo en seco, mirando con asombro el cuerpo exánime del profesor.

De pronto sonó como un trueno el ensordecedor chirrido de gran número de cigarras, las espesuras del lindero de la selva se agitaron y se abrieron y una tromba de extraños bichos se precipitó en el calvero corriendo... más bien galopando hacia el cohete interplanetario.

—¡Suba aprisa, Chris! —gritó Erle a la muchacha, que también se había quedado paralizada al sonar los primeros disparos.

Dando un brinco, Tony Mills se agarró a la escala y empezó a trepar por ella con la agilidad de un mono. Mientras corría, la extraña muchedumbre verde lanzó contra el aparato una lluvia de silbantes jabalinas. Éstas cayeron a los pies de Aronson y el profesor Dening y rebotaron con estruendo contra el casco metálico del cohete para luego caer al suelo.

Arrancándose bruscamente de su estupor, Dening y Aronson se precipitaron hacia la escalera de cuerda en tanto las armas arrojadizas silbaban siniestramente a su alrededor. Dening fue el primero en llegar y empezó a subir con toda la ligereza que su edad le permitía. Aronson echó detrás.

Miss Christina Custer llegó hasta la plataforma, situada a unos quince metros de altura sobre el suelo. McAllister, Watson y la señora Aronson, que se habían asomado atraídos por el ruido de los disparos, cogieron a la muchacha por los brazos y la levantaron en vilo hasta la plataforma.

—¡John... John, date prisa! ¡Corre, John! —gritó mistress Aronson a su marido.

Mister Aronson había subido un par de metros por la escalera cuando una lanza silbó en el aire y le alcanzó en la espalda, atravesándole de parte a parte.

Desde el borde de la plataforma, mistress Aronson lanzó un chillido de horror viendo a su esposo soltar la escalera y caer pesadamente de espaldas al suelo. McAllister cogió a mistress Aronson por un brazo y la empujó

rudamente hasta la bodega del cohete, donde la pobre mujer se desmayó.

Erle Raymer alcanzó la plataforma, descolgó la escopeta que llevaba al hombro y apuntó a la chusma verde mientras Tony Mills llegaba jadeante arriba.

Por encima del punto de mira de su escopeta, Erle Raymer vio por primera vez con detalle a las extrañas criaturas que les atacaban. A primera vista parecían gigantescas hormigas, aproximadamente de la altura de un hombre. Pero aparte de su tamaño, Erle no había visto nunca hormigas que anduvieran derechas sobre cuatro patas, ni que se comportaran como hombres utilizando lanzas contra los hombres.

Erle disparó contra una de aquellas gigantescas hormigas. El insecto, alcanzado en sus grandes ojos, cayó dando vueltas y empezó a girar furiosamente sobre sí mismo.

Erle siguió apretando el gatillo tirando al buen tuntún hasta que los cartuchos de su escopeta automática se terminaron. En este momento llegaba a la plataforma el profesor Dening. Watson y Tony Mills le cogieron de las muñecas y le izaron en vilo depositándole sano y salvo sobre la plataforma.

Quince metros más abajo, la extraña chusma verde llegaba hasta el pie de la escalera y se arrojaba furiosamente sobre el cuerpo de John Aronson. Erle no comprendió bien lo que hacían hasta que miró hacia donde había quedado tendido el profesor Harlow.

También en torno al cadáver de Harlow bullían y se agitaban las hormigas gigantes, tremolando en el aire un bosque de antenas y de largas patas que empuñaban lanzas. Algunos de los insectos se pusieron a pelear entre sí a mordiscos. Un instante después, los insectos se dispersaron, dejando en el lugar donde cayó el profesor Harlow cierto número de huesos blancos y morondos.

¡Las hormigas habían devorado al profesor Harlow en tres minutos!

Pálido, con los cabellos erizados de horror, Erle Raymer miró al tumulto del pie del cohete. Los insectos armaban un estrépito infernal, tanto por sus estridentes chirridos como por los furiosos golpes que daban contra el casco metálico. Algunos de ellos miraron hacia arriba y se pusieron a trepar por la escala.

—¡Pronto, aquí... otra escopeta! —gritó Erle metiendo dos cartuchos en la suya. Y desde el borde de la plataforma disparó hacia abajo contra los bichos que subían.

La «hormiga» que subía en primer lugar debió recibir la perdigonada en sus grandes y horribles ojos. Se estremeció convulsamente, se soltó y cayó al suelo como antes había caído Aronson.

McAllister se acercó armado de un hacha.

—¿Qué va a hacer? —gritó Erle.

McAllister descargó un golpe de hacha sobre la cuerda de la escala. Dos golpes más cortaron la segunda cuerda y la escala se precipitó al suelo arrastrando a los bichos que trepaban por ella.

Glenbrook, McDermit, mistress Whitney, el profesor Clancey y los pilotos llegaban en este momento en el ascensor alarmados por los disparos y el extraño alboroto que promovían las hormigas gigantes. Se pusieron a hacer preguntas y se asomaron para ver la invasión de monstruos.

Erle Raymer hizo un esfuerzo para dominar sus nervios y examinó la crítica situación.

—¿Dónde están mister Peace y los demás? —preguntó el profesor Clancey, lívido como un cadáver.

—Les oímos disparar en la selva momentos antes que estos bichos nos atacaran —contestó Erle sintiendo frío a pesar del calor reinante—. Debieron ser atacados por estos animales...

—¿Animales? —exclamó Clancey mirando hacia abajo—. ¿Animales y esgrimen lanzas?

—No importa lo que sean. Hombres, animales o diablos sorprendieron a mi tío y a los demás en la jungla. ¡Hemos de correr en su ayuda!

Watson y Tony Mills se acercaron llevando sendas escopetas.

—Dejad eso —ordenó Erle con aspereza—, no basta para tanto bicho. Hay que ahuyentarles de aquí... Había varias cajas de bombas de mano en alguna parte. ¡Buscadlas!

—¿Cree que su tío y los demás siguen aún con vida? —preguntó Clancey a gritos para hacerse oír del estrépito que armaban los insectos, parecido al de unos astilleros con un millón de remachadores funcionando a la vez.

Erle miró a la juvenil y bonita señora Whitney, que le miraba con angustia retorciéndose nerviosamente sus delicadas manitas.

—Espero que hayan podido rechazar a esos bichos. Eran muchos... once o doce... y todos iban bien armados.

—¡Aquí están las bombas! —gritó Mills desde lo profundo de la bodega.

—Traedlas aquí. Hemos de librarnos de esa chusma para poder bajar y buscar a los demás —explicó Erle a mister Clancey.

—Si les ahuyentamos del calvero nos atacarán más tarde en la jungla —advirtió Robert Dodson.

—Tenemos que correr el riesgo... Utilizaremos el tractor «Bren».

—¿Podremos pasar entre los árboles?

—Los árboles grandes están bastante separados unos de otros... Lo intentaremos, de todas formas.

McAllister estaba levantando a hachazos la tapa de la caja de las bombas. Las granadas, en forma de piña, aparecieron debajo cuidadosamente ordenadas y rodeadas de aserrín.

Erle, McAllister y los dos pilotos se precipitaron sobre la caja y tomaron dos bombas cada uno. McDermit llegó empuñando un fusil ametrallador y se tendió de bruces en la plataforma.

—Arrójenlas cuan lejos puedan —gritó Erle arrancando el seguro de una bomba. Y la arrojó al espacio.

La granada describió un arco y estalló al chocar en el suelo con una llamarada y una detonación potente. Dos gigantescas hormigas que estaban cerca volaron en pedazos.

McAllister y los pilotos lanzaron también. Patas, manos y cabezas de hormigas gigantes volaron en todas direcciones como proyectiles. Entre los insectos se advirtió un acusado movimiento de retroceso hacia la jungla. McDermit abrió fuego con el fusil ametrallador. Watson, el ayuda de cámara, se puso a disparar con una escopeta por la esquina del portalón. Tony Mills tomaba granadas de la caja y las ofrecía a las manos ansiosas...

Por espacio de seis minutos tronaron las armas y brillaron los fogonazos de las bombas en el calvero. El enemigo se retiró desordenadamente y desapareció en las espesuras perseguido por los proyectiles del fusil ametrallador.

—¡Alto el fuego! —gritó Erle.

Las armas ladraron por última vez contra las espesuras removidas por el paso de los fugitivos. Se hizo un silencio denso, profundo y extraño.

Desde el filo de la plataforma, los astronautas contemplaron el campo de batalla, cubierto de jabalinas, patas de dos metros de longitud, cráneos y cuerpos abultados de insectos. Todos estos restos, lejos de estar inmóviles, se agitaban convulsamente y rodaban de aquí para allá con movimientos errabundos y torpes.

—¡Hombres insecto! —murmuró el profesor Dening por lo bajo.

Erle Raymer le miró extrañado y luego gritó:

—¡A ver ese tractor «Bren»!

—Tendremos que sacarlo por la otra puerta —dijo Martín Archer.

—Bien. Abran la otra puerta.

En el piso de la cabina, mistress Aronson recobraba el sentido entre los brazos de la pálida señorita Custer. Al abrir los ojos miró en torno con extrañeza, recordó con un alarido y gritó:

—¡John! Mi marido... ¿dónde está?

El sombrío silencio de quienes le rodeaban arrancó de la garganta de la pobre mujer un grito de dolor. Quiso precipitarse hacia la plataforma para mirar abajo, pero Tony Mills, Glenbrook y el profesor Dening se lo impidieron.

—Llévenla arriba —rogó el profesor Clancey a miss Custer y mistress Whitney.

Las tres mujeres abandonaron la bodega. Ésta estaba dividida en dos secciones por un sólido mamparo. Precisamente los astronautas habían cargado el transporte «Bren» en último lugar, de tal forma que estuviera a mano en caso de necesidad.

Una vez soltado de las fuertes cinchas que lo sujetaban, McAllister trepó al pescante, puso el motor en marcha y lo hizo rodar hasta la plataforma.

Allí, una grúa lo levantó en vilo y lo depositó con suavidad en tierra firme.

La misma grúa fue utilizada para hacer descender la caja de bombas de mano. Metidos en un cesto, Erle Raymer, el profesor Clancey y Tony Mills bajaron a reunirse con Robert Dodson y McAllister, que ya estaban a bordo del vehículo.

El tractor «Bren» roncó y echó a andar moviendo rápidamente sus orugas. Era uno de aquellos vehículos anchos, espaciosos y robustos que tan preciosos servicios prestaron a los ejércitos aliados de la Segunda Guerra Mundial en la campaña del norte de África.

El tractor, que estaba blindado y montaba a proa una ametralladora de 20 milímetros, dio media vuelta al cohete, pasó junto al mondado esqueleto del profesor Harlow y enfiló al punto por donde mister Peace y los que le acompañaban se internaron en la selva.

La chata proa del «Bren» arrolló fragorosamente los gigantescos matorrales y se hundió en la eterna noche verde de la jungla. El paso entre los troncos era, en general, bastante ancho para que pudiera pasar el vehículo.

—Aquí fue donde miss Custer y yo nos separamos del grupo para volver al cohete —señaló Erle reconociendo el lugar—. Los demás siguieron en esa dirección.

McAllister encendió los faros. Robert Dodson, que iba de pie junto al conductor mirando por encima del parapeto blindado, enfiló el cañón de la ametralladora hacia cierto punto para señalar los tallos que se apreciaban limpiamente cortados por los machetes.

McAllister guió el «Bren» en aquella dirección. Erle Raymer, con una bomba en cada mano, vigilaba por el lado de estribor. El profesor Dening hacía lo propio por el otro lado, y Tony Mills, a popa, veía cerrarse las espesuras apenas el vehículo había pasado.

—¿Quién me mandaría meterme en este berenjenal? —iba refunfuñando el vagabundo—. Hormigas como elefantes... ¿Cómo serán los elefantes? ¡Y miren que me lo dije! ¡Tony, no te metas en esto...! No te metas... ¡No te metas!

—¡Alto! —gritó Robert.

McAllister pisó los frenos tan bruscamente que los pasajeros perdieron el equilibrio. Dodson señalaba en silencio algo que se veía entre los arbustos pisoteados. Eran parte de las ropas y el esqueleto de un ser humano.

—Aquí debieron ser sorprendidos por las hormigas —dijo Robert.

Y señaló una jabalina que se veía clavada a un árbol.

Conteniendo a duras penas el horror que la macabra escena le causaba, Erle echó pie a tierra y se inclinó sobre la calavera recién pelada. Del suelo tomó un pedazo de tela de seda color salmón.

—Miss Harlow tenía una capa de ese color —dijo McAllister.

—Sí —dijo Erle—. Pero miss Harlow no llevaba su capa, y su traje era azul eléctrico. Martindale y los cuatro mexicanos iban vestidos con trajes color salmón.

Los ocupantes del «Bren» asintieron en silencio. Erle dio una vuelta al paraje, encontrando más huesos esparcidos, un par de escopetas y dos cuerpos de hormigas gigantes que tenían las cabezas acribilladas a balazos.

—Huyeron por aquí —señaló Erle.

—¿Está seguro? Esa dirección es contraria a la que lógicamente hubieran tomado para regresar al cohete —dijo el profesor Dening.

—A menos que fueran atacados por la espalda y obligados a huir en dirección opuesta a la que deseaban —contestó Erle regresando al «Bren» con las dos escopetas. Y ya a bordo del vehículo ordenó secamente a McAllister —: Por ahí.

El tractor rodó lentamente aplastando tallos y arbustos a su paso. Erle oteaba por encima del parapeto blindado siguiendo el rastro de las ramas tronchadas.

El calor seguía siendo intenso, agobiante.

Sin detenerse, Erle tomó de una rama un jirón de tela de seda amarilla.

—Esto debió pertenecer al traje de mi tío.

El tractor se detuvo bruscamente. Erle miró a McAllister y éste le señaló con los ojos algo que se veía confusamente en el suelo. Eran más huesos humanos.

—Yo bajaré esta vez —dijo Robert Dodson saltando al suelo.

De pie en el tractor, los ocupantes del mismo vieron al piloto andando de un lado a otro, apartando ramas, inclinándose...

Al cabo de un rato, Dodson regresó silenciosamente al vehículo. Traía en la mano una escopeta manchada de barro.

—¿Quién fue esta vez? —preguntó Erle roncamente.

—Roswell y Rudyard Lodge.

—¿Cómo lo sabe?

—El cráneo de Roswell estaba a medio... ¡ejem! —el piloto tosió haciendo una violenta mueca y mostró en la mano una medalla de oro y restos de una cadenita—. Esto era de Lodge... se la vi muchas veces al cuello.

Erle miró sin tomar la medalla manchada de sangre. Luego, sin comentarios, hizo una seña a McAllister. El tractor gruñó al abatir un arbolillo y Robert dijo:

—También había una hormiga de ésas, agonizando.

Bruscamente, el «Bren» salió a una trocha. Se trataba de una senda que corría de este a oeste y era, en realidad, bastante difícil de distinguir porque los gigantescos matorrales la ocultaban casi completamente. Los terrícolas la descubrieron al detenerse allí para examinar lo que parecía haber sido escenario de una batalla.

En medio de la trocha se agitaban convulsamente los cuerpos de dos hormigas gigantes acribilladas a balazos. En el suelo se veían restos de lanzas rotas, una pistola ametralladora y un par de machetes. Bajo la luz de los faros brillaban algunos casquillos vacíos. La luz eléctrica iluminaba también

algunas grandes hojas que parecían de cuero acribilladas por balas y postas de caza mayor.

—¿Qué ocurrió aquí? —murmuró Robert Dodson crispando sus manos sobre las asas de la ametralladora.

Una cigarra invisible chirrió en las espesuras. Otra le contestó por el lado contrario. Las jabalinas silbaron en el aire antes de estrellarse contra los férreos costados del transporte «Bren». Detrás de las jabalinas, una turba de insectos gigantes salió en tromba de la jungla y se arrojó contra el vehículo.

# CAPÍTULO VIII



a ametralladora del «Bren» empezó a tabletear rápidamente, llenando la semipenumbra verde de la selva del rastro de fuego de sus trazadoras.

Prevenidos por el canto de las cigarras, que en breve espacio de dos horas habían aprendido a relacionar con el ataque inminente de las hormigas gigantes, Erle Raymer, Tony Mills y el profesor Dening arrancaron los anillos de las granadas y las arrojaron por encima del parapeto blindado.

Tres fragorosas explosiones estremecieron la jungla provocando una lluvia de grandes hojas. En el mismo instante, McAllister pisó el acelerador y el tractor «Bren» roncó dando un salto hacia adelante.

Erle y Dodson lanzaron otras dos bombas por los costados. Tony Mills lo hizo por atrás, escondiendo enseguida la cabeza tras la coraza para evitar la metralla. Los insectos retrocedieron apresuradamente dejando en el sendero buen número de cabezas y miembros sueltos.

McAllister, entre tanto, guiaba a toda velocidad por la trocha, rompiendo y aplastando arbustos. Erle levantó la cabeza por encima del parapeto para ver si eran seguidos. Los extraños insectos habían desaparecido.

Bruscamente, el tractor abandonó la eterna noche verde de la selva precipitándose en un anchuroso claro que estaba cercado por una alta empalizada de troncos. Esta empalizada estaba muy cerca del lindero de la jungla, de tal forma que el tractor «Bren», saliendo disparado por el sendero, se encontró ante las puertas de la empalizada antes que McAllister pudiera darse cuenta y pisara los frenos a fondo, lo cual precipitó hacia adelante al profesor Dening, a Erle y a Tony Mills.

Erle fue el primero en ponerse en pie y miró por encima del parapeto.

La empalizada medía quizás cinco metros de altura y, al parecer, rodeaba completamente a tres extraños montículos en forma de cono de la altura de una casa de 20 pisos. Había una de estas originales colinas a cada lado de la puerta de la empalizada y una tercera al fondo. Los tres montículos formaban en medio una especie de hondonada donde pululaba una muchedumbre de hormigas gigantes.

Como antes en el ataque de los insectos al cohete, se escuchaba un ruido ensordecedor, como de mil remachadores trabajando en un astillero en plena actividad.

—¡Un hormiguero! —exclamó McAllister. Y movió las palancas para hacer marcha atrás.

—¡Alto! ¿Qué va a hacer? —gritó Erle—. ¡Siga adelante!

—¿Está loco? Hay más de un millón de hormigas ahí dentro. ¿Quiere que nos devoren como a los otros?

—No hay un millón de hormigas, ni siquiera un millar —contestó Erle a gritos—. ¡Siga adelante, nuestros amigos pueden haber sido traídos aquí!

McAllister, con las manos en las palancas, miró al profesor Dening.

—Cargue a toda velocidad, es la única forma de salir vivos de aquí —dijo Robert Dodson.

Y disparó una ráfaga de ametralladora contra un grupo de hormigas que venía corriendo al encuentro del tractor.

Algunos de los insectos soltaron sus lanzas y rodaron por el suelo dando botes y contorsiones de forma extraña. El resto huyó a la desbandada profiriendo desapacibles chirridos. McAllister embragó la primera velocidad. El «Bren» arrancó y Robert Dodson dijo:

—¿Se han dado cuenta que las balas sólo afectan a estos bichos cuando se les da en plena cabeza?

—Me di cuenta que todas las hormigas que vi muertas tenían heridas en el cráneo, especialmente en los ojos —contestó Erle.

El «Bren» pasó sobre los insectos heridos, aplastándolos con espeluznante chasquido. McAllister metió la segunda velocidad y dijo:

—Deberían emplear el lanzallamas. Recuerdo que de niño me divertía persiguiendo hormigas con una cerilla encendida... y morían enseguida.

El «Bren» tomaba impulso cuando Robert se inclinó y tomó del piso del vehículo algo que se parecía mucho a un extintor de incendios. Erle lo había tomado por tal, ignorando que llevaban un lanzallamas a bordo.

La chusma verde concentrada en el seno de las colinas se ponía en movimiento hacia el tractor, agitando un bosque de lanzas, brazos y antenas. Las antenas y los cráneos de aquellos seres eran precisamente lo que les daba apariencia de hormigas, pues, en lo demás, era dudosa la semejanza.

Erle ayudó a Robert a cargarle el pesado bidón a la espalda y luego tomó un par de granadas de la caja.

El transporte «Bren» cargó como un búfalo contra la bulliciosa chusma verde. Qué les antojó la máquina terrestre a los insectos venusinos, era cosa que jamás podría saberse.

Quizás lo tomaran por un animal monstruoso, pues a esto se parecía el «Bren» con su proa chata y sus faros, todavía encendidos, brillando a modo de espantables pupilas.

Cualquier cosa que pensaran las «hormigas», éstas se apartaron como

las aguas de un mar ante la quilla de un buque. El «Bren» se lanzó rugiendo por la brecha. Los insectos no se apartaron mucho, lo cual constituyó una desgracia para aquellos que intentaron alcanzarle de cerca. Tres bombas cayeron entre ellos arrancando algunas cabezas y buen número de brazos y piernas.

Por el lado derecho, un chorro de fuego líquido, saliendo de la manga que empuñaba Robert Dodson, trazó un arco trágico en el aire y cayó sobre los insectos, rociándoles al paso.

—¡Magnífico! —exclamó Erle viendo cómo las hormigas corrían y se revolcaban convertidas en antorchas vivientes.

Las lanzas arrojadas por la chusma verde rebotaban ruidosamente contra los costados blindados y las rezongantes orugas del tractor. Erle, Mills y el profesor Dening arrojaban bombas de mano todo lo aprisa que les era posible.

Cargando a todo gas contra los insectos, en medio del trueno de las bombas y la gritería de las extrañas criaturas, el «Bren» llegó al centro de la hondonada entre las tres colinas hormigueras.

Allí, McAllister lanzó una exclamación de asombro y movió bruscamente las palancas de dirección. El tractor chirrió fragorosamente al dar dos vueltas sobre sí mismo antes de quedar inmóvil y como clavado al suelo.

—¡Están aquí! —gritó el conductor, saltando en pie de un brinco.

Erle, que había ido a parar contra la ametralladora del «Bren», miró a través de la aspillera y lanzó a su vez una exclamación, mezcla de alegría y horror.

Sobre tres o cuatro estacas en forma de horquilla descansaba una larga vara horizontal a dos metros del suelo. De esta vara colgaban, cabeza abajo, una hilera de hombres en cuyos trajes reconoció instantáneamente a su tío Willie y a los que le acompañaban al internarse en la selva.

—¡Gran Dios! —gritó Erle. Y sin detenerse a reflexionar, brincó sobre el parapeto de acero al suelo.

Por la forma en que los hombres colgaban, tocando con las manos en el suelo, Erle dedujo que eran cadáveres antes de llegar junto a ellos.

—¡Raymer... Raymer! —llamó débilmente una voz.

Con pupilas desorbitadas por el horror, Erle registró la fila colgante hasta descubrir un cuerpo esbelto que se movía.

—¡Mildred! —exclamó Erle corriendo hacia la muchacha.

Robert Dodson corrió también llevando a la espalda el lanzallamas. Las hormigas gigantes que habían huido ante el tractor, se detuvieron en las laderas de los montículos y tremolaron en el aire brazos y lanzas, armando un estrépito infernal, formado de un millar de furiosos chirridos. Algunas jabalinas, lanzadas con extraordinaria fuerza y habilidad, cayeron alrededor de los terrícolas, elevándose en el suelo.

Erle llegó junto a miss Harlow.

—Apoye las manos en el suelo mientras la desato —dijo Erle jadeante

—. ¿Se encuentra usted bien? ¿No está herida?

—No, no... Descuélgueme pronto... ¡Dios mío, cuánto horror! —gimió la muchacha cerrando los ojos.

Tony Mills y el profesor Dening llegaron corriendo.

—¡Pronto, un cuchillo!

Mills extrajo del bolsillo su inseparable navaja. Erle la abrió y cortó las ligaduras de los tobillos de miss Harlow. Luego, corrió hasta el hombre que estaba más cerca.

Era Ted Martindale. Parecía muerto, pero no lo estaba. Respiraba lenta y acompasadamente. Erle le cortó las ligaduras mientras McAllister, desde el «Bren», hacía tabletear la ametralladora contra los insectos gigantes.

Erle depositó a Martindale en el suelo y corrió hacia su tío.

Mister Peace colgaba también pesadamente y tenía los ojos cerrados, pero vivía. Erle cortó sus ligaduras y luego las de todos los demás, sin averiguar quiénes eran ni si estaban vivos o muertos.

Robert Dodson tendió una cortina de humo y de fuego con su lanzallamas. McAllister maniobró haciendo recular al tractor.

—Venga aquí, Robert... ayúdeme —llamó Erle.

Miss Harlow se tambaleó al ponerse en pie y se acercó al vehículo. McAllister abatió la plancha de popa para que Erle y Dening pudieran echar dentro los cuerpos exánimes de mister Peace, el profesor Hagerman, el capitán Whitney, Ted Martindale, José Ramírez, Luis Carrizo y Domingo Hernández. Robert, entre tanto, había dado una vuelta completa al grupo tendiendo una barrera de fuego con el lanzallamas.

—¡Suba al tractor, Dodson! —le gritó Erle, trepando a su vez al vehículo.

Robert corrió para alcanzar al «Bren», que ya se ponía en marcha, y subió de un salto.

Salieron tronando de la hondonada, lanzando bombas con todas las manos a diestra y siniestra. McAllister enfiló la puerta de la empalizada y luego la trocha por donde habían venido.

En el fondo del transporte los cuerpos saltaban y se bamboleaban. Un fuerte viento agitó rumorosamente las copas de los gigantescos árboles. Se dejó oír un trueno fragoroso, potente como la explosión de varias toneladas de dinamita. Un resplandor cárdeno penetró a través de la densa techumbre de hojas.

Ted Martindale se agitó y abrió lentamente los ojos. Un rayo cayó en algún punto no lejano de la selva. Se escuchó un estampido ensordecedor. Miss Harlow se apretujó instintivamente contra Erle Raymer. El joven la cercó con su brazo mientras el profesor Dening trataba de reanimar al capataz.

Súbitamente empezó a llover. La primera rociada cayó sobre la cúpula de verdor con un ruido que ahogaba el zumbido del motor. Luego, la lluvia se escurrió de las hojas, grandes como paraguas, y cayó sobre los terrícolas en forma de gruesos caños.

Tanta y tan espesa caía el agua que los terrestres a duras penas encontraban aire para respirar. El viento adquirió la fuerza de un huracán, removiendo las copas de los grandes árboles como si fueran espigas de trigo. Los truenos retumbaban continuamente, dando a los viajeros la impresión de deslizarse entre una batería de monstruosos cañones que no cesaban de disparar.

Como el vehículo era descubierto por arriba, el agua caía dentro de la artesa metálica y encima de sus ocupantes, a quienes cegaba y ahogaba.

La lluvia espabiló a los desmayados. Mister Peace, Hagerman y uno de los mexicanos tosieron y abrieron los ojos. El fragoso retumbar de los truenos impedía a los hombres oírse unos a otros.

Poco después, en plena tormenta, el «Bren» llegaba al calvero y se detenía junto al cohete. La operación de trasladar a los rescatados a bordo de la astronave se realizó bajo la lluvia torrencial, en una semipenumbra lóbrega, rasgada de continuo por el cárdeno parpadeo de los relámpagos.

Erle, Mills y McAllister se quedaron abajo para enganchar el tractor y luego subieron con el vehículo hasta la cámara del cohete.

Casi todos los tripulantes habían subido ya a las cabinas. En la bodega estaba mister Williams Peace contemplando sombríamente el cadáver de Luis Carrizo.

—No sabía que estuviera muerto, aunque lo hubiera traído de todos modos —murmuró Erle—. ¿Sabe ya miss Harlow lo ocurrido a su padre?

Mister Peace asintió y dijo.

—La han llevado arriba. Ha sido un golpe terrible para ella... y también para todos nosotros. ¡Esos malditos y asquerosos bichos!

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Nos sorprendieron cuando estábamos cerca de aquí. Brotaron como diablos del suelo... de los árboles, de todas partes. Se identificaban tan bien con la vegetación, que uno apenas podía verles a causa de su color verde. Allí cayó Vargas y me clavaron a mí una lanza en una pierna...

Mister Peace señaló su muslo ensangrentado, que miss Custer le estaba vendando con unas gasas, y prosiguió:

—Intentamos retroceder hacia el calvero, pero allí estaban precisamente aquellos diablos verdes. Así que ideamos dar un rodeo y nos deslizamos hacia el este, sin dejar de luchar... Oírnos disparos y estallido de bombas, de lo cual deduje que los bichos atacaban el cohete y era mejor no acercarnos en aquel momento. Avanzamos hacia el norte. Ya creíamos haber despistado al enemigo cuando, de pronto, nos vimos rodeados de ellos. Fue una lucha feroz... a brazo partido. Ellos nos abrumaron con su número, se arrojaron sobre nosotros y nos clavaron sus aguijones...

—¿Sus aguijones? —preguntó Erle.

Y el profesor Hagerman dijo:

—Sí. Llevan un aguijón en la parte inferior del cuerpo. También a mí me lo clavaron en la espalda. Sentí un dolor muy fuerte, como la picadura de

un alacrán, y perdí el conocimiento. Creo que a todos les ocurrió lo mismo, pues recobramos el sentido al mismo tiempo.

—Miss Harlow estaba despierta cuando les encontramos en aquel hormiguero —apuntó Erle.

—Pues es extraño... a menos que se desmayara del susto y los insectos la creyeran adormecida por sus aguijones. Yo no recuerdo nada desde el momento que uno de esos animales cabalgó sobre mis espaldas hasta que desperté en el tractor... Por cierto, que aún no le he dado las gracias a usted después de habernos salvado la vida. ¿Dice que nos encontró en un hormiguero?

—A mí me pareció un hormiguero.

—¿Cómo se le ocurrió buscarnos allí?

—Yo no sé si estos bichos serán realmente hormigas, pero, de todos modos, algo se parecen a ellas. Me acordé de nuestras hormigas terrestres y de su forma de comportarse. Las hormigas suelen acarrear la comida a sus madrigueras, y las que les atacaron a ustedes parecían bastante hartas, por cuanto no acabaron de devorar al profesor Roswell. Eso me hizo pensar en la posibilidad de que hubieran sido hechos prisioneros... algo absurdo, tratándose de animales, pero que, al fin, resultó ser cierto.

—Fue una tontería internarse en la selva sin tener idea de lo que podíamos encontrar en ella —murmuró mister Peace—. Vamos a salir inmediatamente de este infierno.

—¿Volvemos a la Tierra? —preguntó Erle.

Su tío le miró sorprendido.

—¿Quién desea volver a la Tierra? —preguntó.

—Supongo que algunos querrán hacerlo. Por ejemplo, la señora Aronson, que ha perdido a su marido. Y también miss Harlow, que ha estado en peligro de morir y acaba de saber el trágico fin de su padre.

—Apenas acabamos de llegar. ¿No sería una estupidez marcharnos enseguida, sin saber siquiera qué condiciones de vida reinan en otras partes de este planeta?

—No soy yo quien desea marcharse. Sugiero, simplemente, que puede haber a bordo personas que deseen hacerlo cuanto antes.

—Esas personas, si existen, esperarán hasta que hayamos encontrado y escogido un buen sitio para formar una colonia. Luego, el cohete regresará a la Tierra para dejar allí a quien lo desee y volverá a Venus con nuevos colonos y más material.

—¿Insistes en levantar aquí un imperio de tu exclusiva propiedad?

—Desde luego. ¿Quién puede impedirlo?

—Se necesita dinero para traer gente, cultivar los campos, levantar fábricas y construir ciudades. ¿De dónde vas a sacar el capital?

—No lo he pensado todavía, pero algo se me ocurrirá. Al fin y al cabo, las ciudades y las fábricas no son lo esencial para la vida. Los colonos que vengan aquí encontrarán una tierra fértil de donde poder extraer su pan y

pastos inmensos para el ganado, que les proporcionará carne abundante. Lo demás: casa, muebles, vestidos y calzado, puede hacérselo el colono con sus propias manos y la colaboración de sus camaradas. Eso es, a mi entender, lo indispensable, y eso lo encontrará aquí el inmigrante que llegue de la Tierra en busca de pan para él y para sus hijos.

Williams Peace se interrumpió para contemplar pensativamente la densa cortina de agua tendida más allá del gran portalón de la astronave. Luego, miró con fijeza a su sobrino y preguntó:

—¿Te cuentas tú entre ésos que quieren regresar a la Tierra, Erle? ¿Te asusta la inmensa tarea que te aguarda si permaneces en Venus, construyendo con tus propias manos el imperio que estás destinado a mandar?

—En modo alguno —repuso Erle, negando con la cabeza—. También a mí me seduce la idea de emular a los antiguos conquistadores. Me seduce, sobre todo, porque nosotros disponemos de medios más modernos y rápidos para realizar nuestras conquistas. La profesión de antiguo conquistador no debió ser, en la realidad, tan emocionante y poética como la vemos ahora a través de las edades. A nosotros nos cabe la esperanza de ver realizada nuestra obra... goce del que no pudieron disfrutar Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Francisco Pizarro, Hernán Cortés y tantos otros.

—Sí, eso es cierto —murmuró mister Williams Peace—. El tractor, la máquina explanadora, el aeroplano y la energía atómica están a nuestra disposición para realizar nuestro sueño. Si el Oeste americano fue conquistado en ciento cincuenta años, nosotros reduciremos ese tiempo a un décimo, o sea a quince años. Esperaremos a que cese la lluvia para enterrar nuestros muertos.

Quince minutos más tarde dejó de llover. Los negros nubarrones se alejaron con su acompañamiento de sonoros truenos. Poco después, el cesto de mimbre volvía a bajar colgando del cable de la grúa. Erle Raymer, Martín Archer y Tony Mills saltaron al suelo armados de ametralladoras y bombas de mano, tomaron un par de cajas de madera y atravesaron el calvero hacia donde yacían los huesos dispersos del profesor Harlow.

Desde la plataforma que formaba la compuerta levadiza, Mildred Harlow y mistress Aronson siguieron con los ojos enrojecidos por las lágrimas las idas y venidas de los tres hombres dedicados a la macabra tarea. Junto a ellas, el capitán Whitney, el profesor Clancey, el profesor Dening y mister Peace vigilaban atentamente, fusil ametralladora al brazo.

El cesto hizo otro viaje, depositando en el suelo a los mexicanos y a McAllister. Luego, fueron bajadas dos perforadoras y un compresor eléctrico. El compresor fue conectado al circuito eléctrico de a bordo y empezó a trepidar.

Cuando Erle, Mills y Archer terminaron de recoger los esqueletos, las perforadoras empezaban a honrar la roca del calvero en donde la astronave había ido a posarse. El cadáver de Vargas, metido en un ataúd recién construido, fue bajando también hasta el suelo.

La mayoría pensaba que los restos de las tres víctimas debieran haber sido subidas a bordo para ser enterrados más tarde en otro lugar más tranquilo. Pero mister Peace insistió:

—No. Les daremos sepultura aquí mismo, donde cayeron, en el mismo lugar donde una astronave tripulada por hombres de la tierra se posó por primera vez en el suelo de Venus. Algún día las generaciones del futuro acudirán a este lugar en emocionante peregrinación. Y allí donde admiren el sitio donde la tosca astronave de los descubridores se posó, reverenciarán también la tumba de los primeros hombres que dieron su vida por un mundo más feliz y mejor. Harlow, Aronson y Vargas serán enterrados aquí. Y cuando yo muera, donde quiera que ello ocurra, quiero también ser traído aquí y enterrado junto a nuestros compañeros.

Los expedicionarios cedieron al capricho de mister Peace.

—Después de todo —dijo McDermit haciendo una mueca—, quizás el viejo tenga razón. Quizás algún día este maldito agujero sea declarado monumento nacional por los futuros pobladores de este planeta.

—El suelo aquí es de roca —observó Archer.

—Mejor —dijo Erle Raymer—. Cubriremos la tumba con cemento y las hormigas no podrán profanarla.

Y fue así como en una hora de trabajo, las perforadoras abrieron una docena de agujeros, que fueron rellenados de dinamita.

Todos se alejaron situándose detrás del cohete, mientras ardían las mechas. Hubo una fuerte detonación, y un gran bloque de granito saltó en el aire entre llamas y humo.

Los mexicanos volvieron al humeante agujero.

McAllister volvió a su tarea de soldar dos barras de hierro para formar una cruz.

—¡Oro... Oro! ¡Oro, señor Peace! —gritaron los mexicanos.

Erle se volvió con rapidez, viendo a Ramírez que corría hacia él llevando un grueso pedrusco en la mano.

—¡Mire, patrón, oro! —chilló el mexicano—. ¡La tumba que hemos abierto tiene una vena de oro!

Erle se quedó mirando el pedrusco que Ramírez le mostraba con manos temblorosas. Pesaba lo menos cuatro kilos y todas sus caras y aristas brillaban como ascuas.

Carrizo llegó corriendo con otras dos piedras iguales. Todos los que estaban en tierra formaron corro alrededor de los mexicanos. Miraron y palparon las piedras, llamando con fuertes voces a los que se asomaban por la plataforma levadiza.

—¿Estáis seguros que esto es oro? —preguntó Erle.

Los mexicanos juraron por la memoria de sus abuelos y una larga lista de santos que lo era.

Mister Peace bajó apresuradamente en el cesto acompañado del profesor Clancey, el profesor Dening y Glenbrook.

—¿Qué tonterías he oído acerca de oro? —gruñó el archimillonario —. ¡A ver esos pedruscos!

Mister Peace cogió las piedras, las miró y palideció.

—¡Recáspita! —exclamó por lo bajo—. Pues sí es oro.

El profesor Clancey examinó también una de las piedras.

—Si, es oro, no cabe duda —afirmó.

Todos se acercaron al agujero abierto por la dinamita. La excavación había cortado una gruesa vena aurífera que corría a muy pocos centímetros de profundidad. Prácticamente bastaba arañar el suelo para extraer varios quintales de oro.

Mientras estaban comentando en torno a la excavación, llegaron los que faltaban, a excepción de mistress Aronson, que se quedó arriba. Los mexicanos habían vuelto a empuñar las perforadoras para sacar más oro. McAllister, Archer y otros se les unieron afanosamente

—¡Dejen eso! —ordenó mister Peace secamente—. ¡Digo que lo dejen!

Todos miraron al archimillonario con sorpresa.

—Antes que nadie extraiga un gramo más de oro vamos a poner en claro una cosa —dijo mister Peace con energía.

—¿Va a decirnos que el oro es suyo porque ha sido encontrado en un planeta de su propiedad? —preguntó Glenbrook con aspereza.

Mister Peace le miró con dureza y dijo:

—El oro es mío, desde luego. Si alguien tuviera que disputarme su posesión, serían el profesor Clancey, miss Harlow, como heredera de su padre, y acaso el profesor Dening, que sugirió la habitabilidad de este mundo. Sin embargo, no es esto lo que quiero discutir. Estoy dispuesto a dejarles coger tanto oro como cada uno de ustedes necesite para ser rico allá en la Tierra.

—Nadie pide más —protestó Glenbrook riendo.

—El hombre —contestó mister Peace— es la única bestia de la creación que toma más que lo que necesita. En realidad, la codicia del hombre no reconoce límites. Hoy pueden ustedes sentirse satisfechos, y en el viaje de regreso a la Tierra matarse unos a otros por atesorar más riquezas. Lo que pudo ser acontecimiento feliz para todos será nuestra desgracia si no razonamos como personas inteligentes y civilizadas.

Hombres y mujeres se miraron unos a otros avergonzados,

—Creo que todos nos sentimos personas civilizadas, mister Peace —dijo el profesor Hagerman.

—Bien. Entonces vamos a coger ese oro que todos necesitamos: ustedes, para ser felices en la Tierra, y yo, para hacer felices aquí a los millones de seres humanos que no pueden serlo en la Tierra. Todo lo que saquemos lo dividiremos en dos partes. Una para Clancey, miss Harlow y yo. La otra, se la repartirán entre ustedes a partes iguales, ¿de acuerdo?

Todos asintieron con profundos movimientos de cabeza.

—Pero antes —dijo mister Peace, con ironía—, vamos a enterrar a los muertos.

Los muertos recibieron sepultura con notable precipitación. Todavía estaba mister Peace recitando la oración fúnebre, cuando, uno tras otro, todos fueron alejándose con disimulo. Luego, cogieron las herramientas y se pusieron a excavar con frenesí de locos.

La señora Aronson rompió a llorar amargamente. Mister Peace la tomó por el brazo y la acompañó hasta el cohete.

* * *

Erle Raymer y Mildred Harlow quedaron solos ante el túmulo. Rodeados del golpear de los picos y la jadeante respiración de sus compañeros, sus ojos se encontraron sobre la tumba.

—¿Por qué espera usted? —preguntó ella mirándole con rencor a través de sus lágrimas—. ¿Por qué no corre a llenarse los bolsillos de oro? Ya nadie se acuerda de mi pobre padre, ¡y acaba de morir!

—Ése parece ser el destino de los grandes hombres —contestó Erle con amargura—. Ser enterrados en el olvido y aclamados y enaltecidos en la posteridad.

—Yo hubiera preferido un poco más de respeto durante su funeral.

—Lo comprendo.

Ella tomó con la mano una lágrima que le rodaba mejillas abajo y echó a andar hacia el cohete. Erle se puso a andar en silencio a su lado.

—Perdóneme —dijo ella de repente—. Creo que le juzgué mal. Usted no es como los demás. Es como su tío Willie.

—¿Cree usted?

Ella se detuvo y le miró a los ojos sin hostilidad.

—¿Qué hará usted cuando volvamos a la Tierra? —preguntó.

—Aprenderé a pilotar este cohete para guiarlo con mis propias manos durante el viaje de regreso a Venus. Esa astronave es demasiado valiosa para confiarla en manos mercenarias, ¿no cree?

Ella asintió y Erle le preguntó:

—¿Y qué hará usted, ahora que es rica?

Mildred Harlow se volvió a mirar a la tumba de su padre, alrededor de la cual cavaban como energúmenos todos los miembros de la expedición.

—También yo creo que nuestra astronave es demasiado importante para confiarla en manos extrañas —dijo—. Nuestra astronave es como un puente levadizo entre la Tierra y Venus. Muchos querrán venir a Venus, atraídos por el hallazgo del oro, pero, aunque nos engañen al venir, no podrán engañarnos cuando intenten regresar. Sus afanes por atesorar riquezas serán estériles, porque nadie podrá regresar a la Tierra cargado de oro.

—Entonces... ¿se queda usted con nosotros, Mildred? —preguntó Erle con ansiedad.

—Creo que me necesitará usted, al menos hasta que sepa manejar solo la astronave.

—Yo creo que la necesitaré incluso después de aprender a manejarla —dijo Erle sonriendo—. Nuestra astronave, como el imperio que aquí queremos formar, es demasiado grande para que pueda controlarlo un solo hombre. El imperio venusino necesitará emperatriz algún día, ¿no cree?

Mildred Harlow enrojeció bajo la insinuante mirada de Erle.

—Si el emperador de Venus necesita emperatriz algún día, ¿quién sabe? Quizás me guste contarme entre las candidatas —murmuró la muchacha mirando al suelo.

Erle Raymer le asió de la mano, que tembló en la suya. Los dos echaron a andar lentamente hacia la gigantesca astronave, erguida en mitad de la selva como una torre metálica que desafiara la corpulencia de los mayores árboles creados por la naturaleza venusina.

* * *

Los buscadores de oro cavaron afanosamente siguiendo la vena aurífera de un extremo a otro del calvero. Más allá del calvero, la vena se hundía profundamente en el suelo, bajo la selva virgen dominada por las terribles hormigas gigantes. Al llegar a esta frontera, la razón se impuso a la codicia y los hombres regresaron rápidamente a la astronave.

Entre las espesuras misteriosas volvían a escucharse amenazadores chirridos de cigarra...

Veinte minutos más tarde, la astronave se elevó verticalmente en la atmósfera brumosa, se inclinó para tomar posición horizontal y, haciendo girar sus hélices traseras, se alejó lentamente para volar sobre la redondez del planeta en busca de un paraje más benigno, donde el hombre de la Tierra y su eterno afán de bienestar pudieran medrar en la abundancia y la dicha que prometía el húmedo, fértil y misterioso Venus.

# FIN

# COLECCION
# LUCHADORES DEL ESPACIO

---

## TITULOS PUBLICADOS

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipseáón* sucumbe. *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grudson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*
71.—Heredó un mundo *George H. White,*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White*
73.—La legión del Espacio, *George H. White*

Sobre los cimientos de su última obra, «Heredo un mundo»,

GEORGE H. WHITE

ha escrito un relato, lleno de amenidad y trepidante interés, titulado:

# DESTERRADOS EN VENUS

Un pequeño grupo de terrícolas, abandonados en el planeta Venus por la traición de sus compañeros, vense obligados a actuar como robinsones viviendo las más extraordinarias aventuras.

Con su maravillosa pluma,

GEORGE H. WHITE

traslada al lector a un mundo exótico, como debió ser el globo terráqueo en las tenebrosidades de la Era Secundaria, en donde el Hombre todavía no había nacido, y si existió, debió enfrentarse con una Naturaleza hostil que dio lugar a las bestias más gigantescas y monstruosas de la Creación

# DESTERRADOS EN VENUS

aparecerá en el próximo número de esta fantástica

## *Colección*

## *Luchadores del Espacio*

TIP. ARTÍSTICA

*Precio:* **5** *pesetas*

# Notes

[←1]

La luz, al atravesar un prisma, se descompone en sus distintos colores formando el Arco Iris, o espectro. Ahora bien; además de los colores se presentan en el espectro unas rayas luminosas de posiciones determinadas, que varían con la clase de cuerpos que intervienen en la reacción que produce la luz. Si la luz atraviesa un gas, se producen modificaciones en las rayas, según los cuerpos que constituyen dicho gas. Así, la luz reflejada por Venus atraviesa su atmósfera y al recibirla en el espectroscopio podemos conocer la composición de dicha atmósfera (N. del A.)

[←2]

El lector recordará que el agua está formada por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Mezclando en esta proporción ambos cuerpos y haciéndolos arder se produce el agua. A la inversa, si se hace pasar una corriente eléctrica a través del agua mediante dos electrodos introducidos en ella, se vuelve a descomponer apareciendo en un electrodo el oxígeno y en otro el hidrógeno.